

Selección

TERROR

EL POZO DE LOS HORRORES

CLARK CARRADOS

Ayudado por el criado, Hyames cambió de ropajes. Ahora vestía enteramente de negro, salvo un capuchón rojo, que le llegaba hasta los hombros, con dos aberturas solamente a la altura de los ojos.

Otro criado trajo un hacha de descomunal tamaño.

Hyames la contempló con repulsión. El filo del hacha parecía el de una navaja de afeitar. La hoja media cuarenta centímetros al menos de largo por otro tanto de ancho. El mango era grueso, sólido, capaz de resistir los mayores esfuerzos.

—Si quieres vivir, tendrás que matar —dijo el conde.

Agitó una mano y unas cortinas se descorrieron ante él. Hyames lanzó un grito al ver a la mujer semidesnuda, atada a un aspa de tronco, sujeto al suelo por la base y reforzado con otros oblicuos, que permitían mantener en alto el horrible patíbulo.

—Ahí está tu cómplice —dijo el conde, señalando a la sentenciada con una mano—. Su crimen de infidelidad ha sido probado y la condena es que deben serle cortados todos los miembros antes que la cabeza. ¡Tú serás el ejecutor de mi sentencia o morirás de la misma manera!



Clark Carrados

El pozo de los horrores

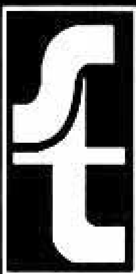
Bolsilibros: Selección Terror - 79

ePub r1.0
Titivillus 22.03.15

Título original: *El pozo de los horrores*
Clark Carrados, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El coche se quedó atascado cuando menos lo esperaba… y cuando más lo necesitaba. Sheldon Hyames juró entre dientes, cambió de marcha, engranó la primera y pisó a fondo el acelerador.

Las ruedas traseras emitieron el sonido característico de giro en un medio blando, viscoso y semilíquido. Al mismo tiempo que el tubo de escape emitía enorme cantidad de gas, las ruedas despedían chorros de barro, sin por ello conseguir que el coche avanzara un solo palmo.

Después de varias pruebas, Hyames dejó de insistir. El motor se iba a calentar inútilmente y no por ello conseguiría salir del atasco en que se hallaba.

Por otra parte, sus perspectivas no tenían nada de buenas. Llovía a torrentes. Diluviaba.

De cuando en cuando, pero muy espaciadamente, un relámpago iluminaba la noche, oscura como boca de lobo. Hyames empezó a pensar qué podría hacer él en un lugar poco menos que desconocido y con un tiempo infernal.

—De cien mil demonios —masculló, mientras, para activar sus reflexiones, se disponía a encender un cigarrillo.

De pronto, creyó ver una luz a lo lejos.

Instantáneamente, apagó la luz del encendedor. Alargó el cuello e, incluso, se arriesgó a bajar un poco el cristal de la ventanilla, para ver mejor.

Un lejano relámpago iluminó una masa sombría, entre los árboles zarandeados por el viento. Sí, allí había una casa, bastante grande parecía, aunque por falta de puntos de referencia útiles, no podía juzgar al respecto con demasiada precisión.

Inmediatamente, Hyames dejó el cigarrillo a un lado. Sí, ahora veía la luz en una de las ventanas. «Puede que la casa esté a cien, doscientos metros como máximo. Allí me darán cobijo por esta noche; mañana habrá pasado la tempestad y podré sacar el coche del barro», pensó.

Por fortuna, había ido prevenido para el mal tiempo, aunque no había esperado encontrarse bajo un diluvio. En el asiento posterior del coche tenía un impermeable, con capucha, y unos chanclos de goma.

Ya había cortado el encendido del automóvil. Aplicó el freno de mano y, vestido, con una linterna en la mano, saltó fuera.

El viento le hizo tambalearse, junto con lo que parecían mil toneladas de agua cayéndole encima de golpe. Hyames avanzó hacia la casa, sujetándose la capucha con una mano, a la vez que alumbraba el camino con la lámpara.

De repente, se encontró con un puentecillo.

Era de madera, de unos cuatro metros de ancho y con la fortaleza suficiente para resistir el peso de automóviles y pequeñas furgonetas. Las aguas del turbulento torrente pasaban, a veces, por encima de los tablones del piso.

Hyames cruzó el puente a la carrera. Apenas lo había hecho, oyó un sordo bramido.

Se volvió. Con la linterna iluminó una enorme ola que avanzaba a toda velocidad hacia el puente. El pánico le hizo correr alocadamente, remontando en una docena de zancadas la pequeña pendiente que era la continuación en tierra firme del camino que cruzaba el puentecillo.

La ola acometió contra el puente y lo hizo saltar con un espantoso crujido de astillas, maderas

y vigas que se rompían y eran desencajadas de sus asentamientos. Hyames empezó a lamentarse por la suerte de su coche, pero, a fin de cuentas, estaba vivo. «Que no es poco», se dijo.

Giró de nuevo sobre sus talones y avanzó hacia la casa. Un nuevo relámpago la iluminó y entonces vio que se trataba de un gran edificio, con un par de torrecillas en las esquinas de la fachada principal, lo que le daba el aspecto de un castillo construido en época relativamente moderna.

El agua seguía cayendo a torrentes, como si todos los ríos del mundo hubieran ascendido al cielo y estuvieran cayendo en cataratas por aquellos parajes. La ventana iluminada, apreció Hyames, estaba situada a un par de metros del suelo.

Llegó a la puerta, grande, enorme, de recios tablones de madera, claveteados, y con un picaporte de dimensiones exorbitantes. Era como una mano de hierro, que sostenía una barra de hierro, al final de la cual había una cabeza humana.

Hyames respingó al alumbrar el llamador con su linterna. Era una obra verdaderamente siniestra; aunque la cabeza estaba hacia abajo, le dio la sensación de ver una mano que sostenía la lanza en la cual se había ensartado la cabeza de una persona, tras su decapitación.

Pero no podía elegir. La lluvia, en lugar de disminuir, parecía arreciar.

Golpeó el hierro que había sobre la madera, con el original llamador. El golpe retumbó con sonoros ecos en el interior de la casa. A Hyames le pareció como si una enorme campana rajada hubiera sonado bajo las bóvedas de una catedral.

Repitió el golpe dos o tres veces más, pero nadie contestó a sus llamadas. Entonces, se le ocurrió empujar.

Para su sorpresa, la puerta no estaba cerrada con llave y cedió fácilmente, aunque con estremecedores chirridos de las bisagras. Hyames vio un penumbroso vestíbulo, medio cerrado por unas pesadas cortinas de color rojo oscuro, situadas al final de una pequeña escalera de cuatro o cinco peldaños.

Por prudencia, creyó conveniente dejar allí el impermeable y los chanclos. En contra de lo que pensaba, reinaba en el interior del castillo una agradabilísima temperatura.

Subió la escalera y apartó los cortinajes. Al otro lado divisó un inmenso salón, decorado con muebles y cuadros muy antiguos, en uno de cuyos lados había una enorme chimenea, tan alta como él y con la capacidad suficiente para contener un buey sin agobios. En el hogar, sobre los hierros, ardían varios troncos de buen tamaño.

La luz era muy escasa. Prácticamente, se reducía al resplandor que despedían las llamas de la chimenea y a la de un par de velas, situadas en sendos candelabros, sujetos a la pared de piedra. Hyames entrevió varios cuadros, de distintos personajes, en tamaño natural, pero la poca luz que había no permitía distinguir demasiados detalles.

Tenía frío, y, a pesar de todo, se le habían mojado las piernas. Iba a acercarse a la chimenea, cuando, de pronto, sobre una mesa, divisó un gran frasco de vidrio tallado y varias copas.

—Un poco de vino me sentará bien —se dijo.

Destapó el frasco y llenó la copa. El vino era de un color pálido, muy transparente y oloroso. El aroma y el sabor eran exquisitos. Hyames empezó a sentirse otro después de un par de tragos.

Con la copa llena nuevamente en la mano, se acercó a la chimenea. En la repisa había, tallado

en piedra, un escudo nobiliario: dos manos, que sostenían sendas espadas, en cuyas puntas había otras tantas cabezas cortadas. En el escudo vio una estrella de nueve puntas.

Las cabezas del escudo tenían turbante. Hyames pensó que, dada la región en que se hallaba, el escudo debía de ser recuerdo de cuando los habitantes de la región tuvieron que luchar contra los turcos, cuando éstos amenazaron conquistar Viena.

De repente, le pareció que no estaba solo y se volvió.

En el lado opuesto del salón había una gran escalinata, con barandilla de piedra tallada, que conducía a los pisos superiores. Una mujer descendía lentamente por la escalera, sosteniendo en su mano izquierda un candelabro de tres brazos, con las velas encendidas.

* * *

Ella descendía lentamente, con paso majestuoso, mirando casi con hipnótica fijeza a su forzoso invitado. Hyames apreció su elevada estatura y la singular blancura de su rostro, que contrastaba grandemente con el rojo de sus labios y la negrura de su pelo.

El vestido era largo, de terciopelo azul oscuro, que casi resultaba negro en aquel ambiente. Hyames apreció que la mujer no parecía tener más allá de veinticinco años, quizá algunos menos.

Debía dar alguna explicación sobre su presencia en la mansión. Dejó la copa sobre la repisa de la chimenea y avanzó hacia la joven.

—Señora, le ruego perdone mi atrevimiento al penetrar en su casa sin permiso, pero llamé varias veces y nadie me contestó —declaró—. Entonces, pude darme cuenta de que la puerta estaba abierta y entré. Mi coche se ha quedado atascado en el fango, a dos o trescientos metros de esta casa, y a mí no me quedó otro remedio que buscar un refugio para pasar la noche.

Ella le miraba fijamente, sin decir nada. Hyames empezó a sentirse incómodo.

—Oh, perdón, señora —añadió—. He olvidado dar mi nombre: Sheldon Hyames, de Oxford.

—Inglaterra —dijo la joven.

—Sí, señora. Soy allí profesor auxiliar y…

—Sea bienvenido a mi casa, señor Hyames —le interrumpió ella—. Yo soy Elena, condesa von Hárvothy.

Hyames se inclinó profundamente.

—Es un placer, condesa —dijo—. Su apellido tiene, creo, un inconfundible origen húngaro.

—Digamos más bien centroeuropeo. Hace quinientos años, esta región no pertenecía de una manera definida a un Estado. Pero no creo que eso le interese mucho, profesor.

Elena dejó el candelabro sobre la mesa. Hyames observó que las velas tenían un grosor inusitado y que despedían un extraño perfume, agradable y repulsivo a un tiempo. Las llamas, en ocasiones, parecían de color verde.

—Me he permitido tomar una copa de vino… —carraspeó.

—Es usted mi huésped, profesor —sonrió Elena—. Pero se hace ya un poco tarde. Querrá comer algo, supongo.

—No desearía causar tantas molestias, condesa. Con un sillón y el fuego para pasar la noche, tengo más que suficiente.

Ella volvió a sonreír, muy suavemente, de una forma apenas perceptible. Hyames se dio cuenta de que sus ojos eran negros, rasgados, muy profundos, pero bellísimos.

A pesar de la holgura de sus ropajes, Hyames apreció que ella tenía una figura escultural. Pero ¿vivía sola en aquella enorme mansión?

Elena hizo un leve ademán.

—Venga, profesor; la mesa está servida —anunció.

CAPÍTULO II

Hyames iba de sorpresa en sorpresa. A excepción del caldo, conservado caliente en unos extraños tazones de plata, con tapadera; el resto de los manjares eran fríos, fiambres y pescado ahumado, con algo de ensalada.

El comedor estaba contiguo a la sala y era también muy grande. Hyames se dio cuenta entonces que la misma chimenea servía para las dos piezas, debido a su original construcción, en la base del muro separador. Por lo demás, la repisa del lado del comedor era exactamente igual a la de la sala.

Alguien, por el otro lado, puso más troncos en la chimenea, pero Hyames no pudo apreciar quién era. Al terminar la cena, se sintió invadido de una dulce languidez.

Elena estaba al otro lado de la mesa, casi a diez pasos de distancia. Hyames tuvo la vaga sensación de que esperaba a algún invitado, pero que no se había presentado, sin duda a causa del tiempo tan infernal que reinaba en el exterior.

—Ha sido una suerte encontrar esta casa —dijo, a la vez que sacaba un paquete de cigarrillos. Pero, de pronto, se interrumpió—. ¿Le molesta que fume, condesa?

—Por favor —rogó ella—. No me gusta nunca que mis invitados se sientan incómodos. Obre como si estuviera en su casa.

—Gracias, condesa. De todas formas, espero poder marcharme mañana, si el tiempo mejora…

Bruscamente, se calló.

—¿Sucede algo? —preguntó Elena.

—Olvidé decírselo, condesa. Una crecida repentina ha roto el puente. Mi coche estaba al otro lado; ni siquiera sé si también ha sido arrastrado por las aguas.

—En esta casa tendrá alojamiento durante el tiempo que lo precise —dijo ella, con su habitual tono sosegado—. Además, creo que si mejora el tiempo le gustará conocer la mansión de los Hárvothy.

—Debe de haber aquí obras de arte muy interesantes. He visto algunos cuadros…, me parecieron de personas…

Elena se puso en pie de pronto.

—¿Le gustaría verlos con más detenimiento, profesor?

A Hyames lo que le hubiera gustado de veras era irse a la cama, pero no podía defraudar a su bella anfitriona.

—Será un placer, condesa. Abandonaron el comedor.

«¿Quién diablos ha preparado la cena y puesto la mesa? ¿Dónde está la servidumbre en este caserón?», se preguntó Hyames, perplejo e intrigado.

Salieron del comedor. Elena cogió el candelabro y se acercó a uno de los cuadros.

La pintura representaba a un hombre de unos cuarenta años, alto, esbelto, de pelo negro y cejas picudas, con ojos que parecían mirar al espectador. Llevaba puesta una larga capa, con forro de raso rojo, y a Hyames le pareció que podía saltar del cuadro en cualquier momento.

—Karl von Hárvothy —dijo Elena—. El sexto conde de la estirpe. Siendo muy joven, fue a Transilvania por negocios y volvió casado con una bella joven. Yo soy descendiente de ambos.

—Oh —murmuró Hyames, cortésmente.

Había dos o tres retratos más, de hombres y mujeres, vestidos a la moda de varios siglos antes. Luego, de pronto, Hyames vio una pintura que le horrorizó.

Los candelabros iluminaban perfectamente el cuadro. La escena representaba a una mujer, atada a un aspa hecha con gruesos maderos, sujeta a la intersección por gruesas cuerdas. Salvo un poco de tela en las caderas, la mujer no llevaba más ropa encima.

Al lado había un sujeto de negro, con capuchón rojo, empuñando un hacha de descomunales dimensiones. El bello rostro de la mujer expresaba un horror infinito.

Fue la condesa Sylvia —explicó Elena—. Al parecer, fue infiel a su esposo y éste la condenó a ser descuartizada viva, en presencia de todos sus súbditos. El verdugo cortó sucesivamente sus brazos y sus piernas, pero el tronco quedaba sujeto al patíbulo por las cuerdas. Luego, naturalmente, le cortó también la cabeza.

—Un suplicio horrible —calificó Hyames, estremecido de horror—. Pero ¿podía hacer tal cosa un conde Von Hárvothy?

—En aquella época, eran señores indiscutibles e indiscutidos de sus dominios. Johannes von Hárvothy, para recuerdo y escarmiento de generaciones venideras, decidió que la memoria de la muerte de la esposa infiel debía perpetuarse.

—No cabe duda, la muerte de la condesa Sylvia no se olvidará jamás.

De pronto, Hyames quedó situado frente a un cuadro que le dejó pasmado.

No había ninguna figura sobre el cuadro. El artista se había limitado a pintar un trozo de un muro de piedra, que cubría enteramente la tela.

—¿Qué representa eso? —preguntó, atónito. Elena sonrió levemente.

—Otra condesa Von Hárvothy ligera de cascos —respondió.

—¡Pero ahí sólo veo un muro de piedra!

—Precisamente. El conde Federico no quiso que la imagen de su infiel esposa Ingeborg figurase en la galería de antepasados.

—Sigo sin entender…

—La condesa Ingeborg fue emparedada viva.

Hyames sintió un escalofrío que le recorría la espalda.

«Vaya unos antepasados», pensó.

—En aquellos tiempos… ¡ejem!…, tenían unas costumbres un… un poco fuertes… —comentó.

Elena rió sin estridencias.

—Digamos mejor, con toda franqueza, que eran unos bárbaros —respondió—. Pero usted debe de estar cansado y necesita unas horas de reposo. Stepan le indicará su habitación, profesor.

—¿Stepan? —repitió Hyames, extrañado—. ¿Quién es?

—¡Aquí, aquí!

Un hombrecillo apareció de repente, botando como una pelota de goma. A Hyames le pareció que había caído del techo.

Era menudo, casi un enano y de cuerpo poco menos que esférico, sostenido por unas ridículas piernecillas. Había muy poco pelo en su cráneo, y el de las sienes sobresalía a los lados como los

cuernecillos de un diablillo juguetón.

—Stepan, lleva al profesor a su habitación —indicó Elena.

—Sí, señora condesa. Sígame, profesor.

A pesar del asombro que sentía, Hyames conservó la suficiente presencia de ánimo para despedirse de Elena con una inclinación de cabeza. Stepan echó a andar, delante de él, a saltos, como un gorrión, con los pies juntos.

Hyames se sentía estupefacto. Stepan subió las escaleras de la misma forma, rebotando como una pelota prolongada en dos piernas. De cuando en cuando, lanzaba una risita que más parecía la de una persona demente que salida de los labios de un ser normal.

Al llegar a lo alto de la escalera, Stepan dio dos o tres saltos más. Saltar de aquella manera, parecía divertirle mucho, porque reía constantemente.

Hyames ya no sabía qué pensar. Cuando terminó la ascensión, se volvió hacia abajo. Entonces divisó algo que le dejó atónito.

De alguna parte, Elena había sacado una escalera de peldaños de madera, que había situado al pie de uno de los cuadros de la galería de antepasados. Elena, con el candelabro de tres brazos en la mano, subió la escalera y se detuvo un instante frente al cuadro.

Apenas un segundo después, la pintura que representaba la pared tras la cual había sufrido una horrible muerte la condesa Ingeborg, giró a un lado. Elena traspasó el muro y desapareció al otro lado.

El cuadro recobró su apariencia normal. Hyames se preguntó si estaba soñando.

El olor de las velas… ¿no era tal vez producto de la combustión de una droga que le hacía ver extrañas visiones?

Delante de él, la pelota humana dio un par de botes.

—Venga, venga, profesor —dijo Stepan, con su vocecilla chillona.

Hyames dudó un momento. Sentíase tentado de abandonar la mansión, pero, de repente, a través de un ventanal divisó un vivísimo relámpago.

La lluvia golpeó con furia los cristales. ¿Quién salía de una casa tan cálida y acogedora en una noche como aquella?

Stepan abrió una puerta.

—Su cuarto, profesor —indicó, haciendo una reverencia que casi resultaba ridícula, dada su singular estructura anatómica.

Hyames entró en el dormitorio, grande, caldeado por una chimenea en la que ardían unos cuantos leños. Al lado había un hueco con varios troncos más; para mantener el fuego a medida que fuera necesario.

—Buenos sueños, profesor —se despidió Stepan con una risita.

La puerta se cerró. Hyames, perplejo y desconcertado, se aproximó a la chimenea y alargó las manos hacia el fuego.

Parecía como si le esperaran en la casa. Había mesa puesta para dos y la puerta no estaba cerrada con llave. Elena se había mostrado como una anfitriona perfecta, amable, gentil, procurando que su huésped no quedase descontento en absoluto.

Pero ¿por qué se había marchado a través del cuadro que representaba un trozo de muro?

Leyendas de terror y de misterio acudieron en el acto a su mente. El sexto conde de la estirpe Von Hárvothy había estado en Transilvania, cientos de años antes.

Transilvania, la tierra de los vampiros.

¿Había vuelto Karl convertido en un vampiro?

¿O lo era la hermosa mujer que había traído con él, como su esposa?

Empezó a quitarse la ropa. No tenía más que lo puesto, ni siquiera un cepillo de dientes. Bien mirado, no era grave inconveniente.

La cama era grande, de mullidos colchones, con un enorme dosel, sustentado por cuatro columnas, que sujetaban las cortinas que permitían ocultar el lecho, si su ocupante así lo deseaba. Pese a todas sus aprensiones, Hyames se dijo que lo habría pasado mucho peor en el coche…, quién sabía si a estas horas no habría sido arrastrado por la desatada furia del torrente desbordado.

Estiró los miembros voluptuosamente al entrar en la cama. Entonces se fijó en el cuadro que había en la pared opuesta, justo frente al lecho.

Un candelabro de tres brazos, con sus velas, era la única iluminación de la estancia. La figura que aparecía en el cuadro era una perfecta reproducción de Elena von Hárvothy, incluso con el vestido que lució durante la cena. Elena aparecía de pie, acariciando con la mano derecha a un gran galgo ruso, completamente blanco.

Posiblemente, el artista no era un hombre famoso, pero la reproducción era de una absoluta fidelidad. Hyames miró fijamente el rostro de la condesa y, durante un instante, creyó ver en sus labios la sombra de una sonrisa.

Pero a los pocos momentos se sintió invadido por una dulce languidez. El ruido de los truenos se había alejado, aunque continuaba el rumor de la lluvia, que seguía cayendo incesantemente. Hyames se incorporó un poco y sopló las tres velas.

En la estancia quedó solamente el resplandor de la chimenea. Hyames acabó por dormirse profundamente.

CAPÍTULO III

Un lejano grito le despertó de pronto.

Abrió los ojos, sobresaltado. La voz había salido de una garganta femenina, pero no volvió a repetirse.

Hyames sintió un leve sudor en la frente.

¿Había, por alguna parte, una mujer sometida a una tortura indecible?

Meneó la cabeza. Su mente estaba sobreexcitada. Todo era cuestión de una pesadilla. Los troncos seguían ardiendo, aunque con menos fuerza; iban consumiéndose poco a poco. No merecía la pena reavivar el fuego, volvió a dormirse. De pronto, se encontró ante un hombre de terrible aspecto, vestido con ropajes antiguos y escoltado por un puñado de hombres armados con picas y ballestas y espadas.

—¿Prefieres morir? —rugió el hombre. Y Hyames oyó su propia voz:

—No, conde, quiero vivir…

—Entonces, tendrás que matar para vivir.

—¿A quién, señor?

El conde hizo un gesto con la mano. Un criado se adelantó y trajo en las manos unas ropas.

—Póntelas —ordenó Von Hárvothy.

Ayudado por el criado, Hyames cambió de ropajes. Ahora vestía enteramente de negro, salvo un capuchón rojo, que le llegaba hasta los hombros, con dos aberturas solamente a la altura de los ojos.

Otro criado trajo un hacha de descomunal tamaño.

Hyames la contempló con repulsión. El filo del hacha parecía el de una navaja de afeitar. La hoja media cuarenta centímetros al menos de largo por otro tanto de ancho. El mango era grueso, sólido, capaz de resistir los mayores esfuerzos.

—Si quieres vivir, tendrás que matar —dijo el conde.

Agitó una mano y unas cortinas se descorrieron ante él. Hyames lanzó un grito al ver a la mujer semidesnuda, atada a un aspa de tronco, sujeto al suelo por la base y reforzado con otros oblicuos, que permitían mantener en alto el horrible patíbulo.

—Ahí está tu cómplice —dijo el conde, señalando a la sentenciada con una mano—. Su crimen de infidelidad ha sido probado y la condena es que deben serle cortados todos los miembros antes que la cabeza. ¡Tú serás el ejecutor de mi sentencia o morirás de la misma manera!

Hyames temblaba convulsivamente. La mujer le miraba con ojos suplicantes. Su rostro era el mismo de la condesa Elena, bellísimo en la angustia de sus últimos momentos, tan horribles…

Ella le había amado, sin reservas, con todo el fuego de su pasión… y ahora, él, si quería sobrevivir, tenía que destruir un cuerpo tan hermoso.

—¡Mata! —aulló el conde. Hyames se sintió cobarde. Quería vivir.

Dios un paso, dos, tres… Alzó el hacha.

Descargó el primer golpe. El ruido del hueso cortado le hizo sentir un vivísimo terror. Un brazo, de perfectos contornos, con la piel como la nieve, rodó por el suelo, mientras la sangre

salpicaba su cara y sus manos.

—¡Mata, mata! —aullaba Von Hárvothy.

Hyames cortó otro brazo. Luego una pierna, por encima de la rodilla. Después, la segunda pierna. Era una carnicería; él y la victima chorreaban sangre.

Pero ella vivía aún y lanzaba unos horrendos gritos inarticulados, debatiéndose convulsivamente en el patíbulo, sujeta a la intersección de los maderos por las cuerdas que ceñían su torso de diosa.

—¡Aún vive! ¡Remata tu tarea!

El hacha, roja ya, voló por los aires. Una cabeza, separada de su tronco, saltó y cayó al suelo, rebotando con lúgubres ecos.

Entonces, el conde rompió a reír con atronadoras carcajadas.

—¡Cobarde, cobarde, cobarde…! —le apostrofó—. Has matado a la mujer a quien amabas, en lugar de tener la suficiente hombría para morir a su lado. ¡Cobarde, cobarde…!

* * *

Sintió frío.

Abrió los ojos. ¿Qué diablos hacia sobre las frías losas de la estancia?, fue lo primero que se preguntó.

Hizo un esfuerzo y se levantó. Estaba helado. ¿Por qué había abandonado la cama?

En la chimenea sólo quedaban brasas. Arrojó un par de troncos y se volvió al lecho, tiritando un rato, hasta que consiguió entrar en calor.

Entonces, de repente, recordó la pesadilla en la que había actuado de verdugo.

Ya había luz. Se veía el cielo gris a través de la gran ventana. Al cabo de unos momentos, se levantó y fue al baño.

—Todo ha sido una pesadilla —pensó.

Pero le había parecido real. Durante el sueño, había creído ser el verdugo que había ajusticiado a la hermosa Sylvia, tan parecida a Elena. ¿Había sucedido así en la realidad?

Un poco de agua fría le despejó la mente. Miró la hora; eran más de las ocho de la mañana.

Terminó de vestirse. Entonces fue cuando oyó de nuevo el grito que había escuchado la víspera.

La mujer gritaba de nuevo. Hyames miró asombrado a su alrededor.

Ahora no cabían dudas. Estaba completamente despejado. El grito de la víspera podía ser achacado a sugestión, a los relatos de Elena, a una copa de más durante la cena…, pero ahora…

Sin embargo, el grito no se repitió. Hyames abrió la puerta de su cuarto y se asomó al corredor.

El salón estaba desierto, aunque la chimenea aparecía encendida. Bajó lentamente la escalera y se paró ante el cuadro que representaba el suplicio de la condesa Sylvia.

Así había actuado él, tal como lo representaba el cuadro. Claro que todo había ocurrido en sueños. No pasaba de ser una pesadilla, todo lo desagradable que se quisiera, pero pesadilla al fin y al cabo.

Transcurrido un momento, cambió de puesto y se situó al pie del cuadro que representaba un trozo de muro.

Elena había desaparecido por allí y no lo había soñado. ¿Acaso había un pasadizo secreto al otro lado de la tela?

Un singular carraspeo sonó de pronto a su espalda.

—¡Ejem, ejem…! ¿Le gusta el cuadro, caballero? —le preguntó una voz de mujer.

* * *

Hyames se volvió, conteniendo un respingo. Delante de él vio a una mujer de unos cuarenta años, alta, delgada, de mejillas hundidas y pelo rubio, ataviada con un vestido de corte anticuado.

La mujer sonreía irónicamente, como si se burlase de él.

—Llegué anoche, señora, y la iluminación era más bien débil —se justificó—. Por eso quería admirar ahora los cuadros, a la luz del día.

—Ah, ya comprendo. Mi sobrina Elena me ha hablado del viajero extraviado que vino anoche a pedir hospitalidad. Yo soy su tía, Elizabeth Károly, hermana de su difunta madre.

—Tanto gusto, señora Károly. Imagino que ya conoce mi nombre…

—Por supuesto, profesor y, créame, lamento no haber estado presente anoche, pero tuve una jaqueca horrible durante todo el día. Cuando me dan esas jaquecas, hay veces en que creo volverme loca y hasta grito sin darme cuenta. Es un dolor insufrible; me parece como si me traspasaran las sienes con clavos de hierro al rojo vivo.

Hyames miró un instante a la señora Károly. ¿Era aquélla la autora de los gritos que había oído?

Pero uno de los gritos había sonado hacía poco; no era posible que una jaqueca tan fuerte se desvaneciese en un cuarto de hora.

—Lo siento muchísimo, señora, aunque también me alegro de saberla restablecida —dijo cortésmente—. Permítame que añada mi gratitud, por el encantador comportamiento de su sobrina.

—Es una muchacha excelente —calificó Elizabeth.

—No lo dudo; y me gustaría saludarla antes de continuar mi viaje…

—Dudo mucho de que pueda irse, profesor. ¿Ha visto cómo está el tiempo?

Intrigado, Hyames se acercó a una de las ventanas.

Casi en el acto, una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

El agua desbordada del torrente llegaba a menos de cincuenta metros de la casa. Ahora, el arroyo se había convertido en un ancho río, que no mediría menos de setenta u ochenta metros de orilla a orilla.

—Las aguas tardarán bastante en descender de nivel, profesor —dijo Elizabeth—. Por fortuna, hay provisiones de sobra y ello nos permitirá atender sin reparos a un huésped tan agradable como usted.

Hyames se inclinó.

—Lamento las molestias que voy a causarles, pero agradezco infinito esa hospitalidad —dijo.

De pronto, sonaron unos fuertes pasos.

Eran pisadas de botas claveteadas. Un hombre apareció por la puerta que había al otro lado, frente a las cortinas que cubrían el vestíbulo, casi bajo la escalera.

—Señora —dijo el hombre. Elizabeth se volvió.

—Ah, hola, Hans —sonrió—. ¿Sucede algo?

—He estado examinando con unos prismáticos el coche del profesor. No parece que haya sufrido graves daños, pero el agua lo ha arrastrado unas metros, hasta que lo detuvo el tronco de un viejo olmo.

Hyames se sintió interesado por la noticia.

—¿Sabe el nivel a que llegó el agua en mi coche? —preguntó. El hombre meneó la cabeza.

—Mucho me temo que el motor esté lleno de fango, profesor —contestó con acento pesimista.

—Inservible —masculló Hyames.

—Lamento mucho lo que le sucede, profesor —dijo Elizabeth—. Gracias, Hans, eso es todo.

El hombre se retiró. La señora Károly añadió:

—Es Hans Dehler, nuestro criado, un hombre fiel y devoto a la familia.

—Sí, comprendo. Señora Károly, para aumentar el número de las molestias que les causa mi inesperada presencia en su casa, le rogaría me indicase dónde está el teléfono. Me aguardan en Munich y no querría alarmar a…

Elizabeth meneó la cabeza.

—Lo siento —dijo—. No disponemos de teléfono, profesor.

CAPÍTULO IV

La lluvia seguía cayendo mansamente, como una cortina gris que se desplomase desde las alturas celestiales. De cuando en cuando, aclaraba un poco y entonces era posible ver el torrente desbordado, cuya corriente se deslizaba a enorme velocidad.

El coche no era visible. Hyames supuso que sería a causa de los árboles que impedían la visión desde su dormitorio. Quizá Hans había sabido elegir bien el observatorio: a fin de cuentas, era preciso convenir en que conocía el terreno mucho mejor que él.

La puerta se abrió de pronto. Una vocecilla chillona dijo:

—¿Molesto, profesor?

Hyames estaba en su dormitorio, junto a la ventana, y se volvió. Sonrió al ver al hombrecillo, portador de una bandeja con un par de botellas y copas.

—La señora condesa le ruega disculpe su omisión de anoche, por no haberle preparado algo de beber —dijo Stepan.

—Exprésele mi gratitud a la condesa y dígale que esa omisión no tiene importancia alguna —contestó Hyames.

—Sí, señor profesor.

Hyames se dio cuenta que, contrariamente a lo que había sucedido la víspera, Stepan caminaba muy despacio, con infinito cuidado…, como si estuviese descalzo y caminase por un suelo sembrado de vidrios.

Pero no estaba descalzo ni había cristales en el pavimento del dormitorio. Stepan dejó la bandeja sobre una mesa. Luego se volvió.

Entonces, se marchó dando saltos, rebotando exactamente igual que había hecho la noche anterior.

—¡Ji, ji! —Rió estúpidamente al salir. Hyames se quedó estupefacto.

«Ese pobre hombre no está bien de la cabeza», pensó. A los pocos momentos, vino otro.

Era Dehler y, en un carrito de dos ruedas, traía una provisión de troncos, que dejó en la leñera, en la que ya sólo quedaban un par de ellos.

—Hans —llamó Hyames, cuando el hombre se disponía a salir del dormitorio.

—Señor profesor…

—Hoy no he visto a la condesa, ni siquiera durante el almuerzo…

—Está indispuesta, señor profesor.

—Lo siento —dijo Hyames.

Una cosa extraña, con una gente no menos extraña…, en la que no había teléfono y se alumbraban con velas.

Pero había lámparas eléctricas, observó, mientras contemplaba la gran araña que pendía del techo.

Junto a la puerta había un interruptor. La lámpara no funcionó.

—Hay gentes que detestan la electricidad —masculló.

Miró al cielo y suspiró resignadamente. ¿Hasta cuándo debería permanecer allí?, se preguntó.

El ambiente del castillo no le gustaba en absoluto.

Demasiado tétrico. Ni siquiera la belleza de Elena conseguía aliviar aquella atmósfera siniestra y deprimente.

Hastiado, se sirvió una copa y se sentó en un butacón cerca de la chimenea. La leñera, un hueco de más de un metro de lado, por otro tanto de altura y una profundidad análoga, quedaba a su derecha.

Encendió un cigarrillo.

Un rato más tarde, se dio cuenta de que el humo del cigarrillo derivaba oblicuamente hacia su izquierda.

Había una corriente de aire que procedía de alguna parte y que no se dirigía precisamente hacia la chimenea. Pero su mente, ocupada con otros pensamientos, apenas si captó el detalle más que de una forma muy vaga.

* * *

Atardecía ya. Hyames se dijo que debía bajar al salón. La soledad le hastiaba. Quería conversar con alguien. O buscar un libro.

En alguna parte había una biblioteca, supuso.

Y, dada la antigüedad de la casa, era posible que encontrase libros de interesante lectura.

Abrió la puerta del vestíbulo. Una voz algo destemplada llegó a sus tímpanos:

—Elena está indispuesta.

—No será tan grave que no pueda hablar con ella, ¿verdad? —dijo el hombre. La voz de Elizabeth se dejó oír de nuevo, entre curiosa y sarcástica:

—El puente no existe y el arroyo está desbordado. ¿Cómo ha llegado hasta la casa, Udo Schetz?

—Olvida usted el viejo Camino de los Tilos, señora Károly —contestó el recién llegado con cierto acento de sequedad—. Su estado no es bueno, pero, al menos, no se inunda y para casos como el presente yo suelo usar un «todo terreno».

—Ah, comprendo. Bien, ¿en qué puedo servirle?

—Ya se lo he dicho antes: quiero hablar con Elena.

—Está indispuesta.

—A pesar de todo, señora.

El acento de Schetz, observó Hyames, era enérgico. Elizabeth no ponía oponerse a la petición del recién llegado.

Además, se felicitó por la aparición de Schetz. Había un camino que permitía llegar al castillo, seguramente por la parte trasera, a través de las colinas. Se iría con él…, hasta donde fuese; luego ya buscaría un medio de transporte hasta Munich.

—Muy bien —dijo Elizabeth—. Tome asiento; voy a ver si quiere recibirle en su dormitorio o prefiere bajar al salón.

Hyames presintió que Elizabeth iba a subir al primer piso y salió de su cuarto, simulando normalidad. A mitad de la escalera se encontró con la mujer.

—Señora Károly —saludó respetuosamente.

—¿Cómo está, profesor? Aunque sea desde aquí, permítame presentarle al señor Schetz, abogado; Udo, el profesor Hyames.

Schetz hizo un gesto con la mano.

—Venga, profesor, tomaremos una copa juntos.

Hyames terminó de bajar la escalera. Schetz estaba preparando las bebidas.

—¿Cómo se encuentra aquí, profesor? —preguntó a poco.

—Mi coche se atascó en el barro, al otro lado del puente. Vi luz y me acerqué a pedir ayuda, pero apenas había cruzado el arroyo, vino la crecida y quedé en esta parte del terreno.

Schetz despachó su copa de un trago.

—Tuvo suerte, indudablemente. Yo presentí lo que podía suceder y por ello vine a través de las colinas —explicó Schetz, que contaba unos treinta y cinco años y era de buena presencia—. Pero hay que conocer bien el camino para no caerse por un barranco.

—Indudablemente —sonrió Hyames—. Amigo Schetz, ¿querrá llevarme en su *jeep*, cuando se vaya de aquí?

Schetz miró hacia las ventanas.

—No me gusta, pero tendré que pernoctar en esta casa —respondió—. Está bien, profesor; le llevaré mañana a Oberwausser, que es donde resido. Desde allí podrá tomar un taxi hasta su destino…

—A Munich. Iba a dar allí una serie de conferencias, pero tenía tiempo de sobra, ya que hice el viaje con algunos días de antelación.

—Entiendo. Profesor, ¿otra copa?

—No, gracias —sonrió Hyames.

Schetz llenó la suya, a la vez que mascullaba algo entre dientes. Hyames creyó entender:

«Pues yo si la necesito», pero no estaba seguro de haber oído aquella frase.

La conversación se hizo trivial. Hyames, sin embargo, observó que su interlocutor aparecía nervioso y consultaba el reloj con frecuencia.

—Esa chica tarda demasiado —dijo una vez.

—¿Se refiere a la condesa Elena?

—Sí, tengo asuntos importantes que tratar con ella…

La voz de la joven sonó de pronto en lo alto de la escalera:

—¡Hola, Udo!

Los dos hombres se volvieron. Radiante de belleza, como la víspera, Elena descendía la escalera lentamente, apoyándose con una mano en la barandilla.

—Perdóname que no haya bajado antes, pero me encontraba muy indispuesta ¬dijo la joven.

—Yo podía haber subido a tu habitación —manifestó Schetz.

—Es lo mismo. Hablaremos en la biblioteca. Con el permiso del profesor, por supuesto.

Hyames se inclinó.

—No tiene que disculparse, condesa —manifestó.

* * *

Cenaron los tres. Elena, muy abstraída, apenas si habló. Schetz aparecía ceñudo, concentrado. Hyames intentó levantar los ánimos, pero sus esfuerzos resultaron baldíos. El olor de las velas resultaba, como la noche anterior, excesivamente denso y pesado. Hyames pensó con terror en una pesadilla igual a la de la víspera.

En una de las ocasiones, Schetz dijo a Elena que debía abandonar aquella lúgubre mansión. Ella se negó rotundamente.

—O venderla —insistió Schetz.

—Tampoco. Por favor, Udo…

Schetz rió amargamente.

—Nunca has hecho caso de mis consejos, Elena; así te ves como ahora, sin otra luz que la de las velas…

—Udo, tengo un huésped —cortó ella fríamente.

—Lo siento. Seguiremos hablando luego. Dispénsenos, profesor. He sido asesor jurídico de la familia Von Hárvothy durante muchos años y Elena no quiere ahora aceptar mis consejos en ciertos asuntos legales, que le reportarían grandes beneficios. Perdona que sea tan franco —se dirigió a la joven—, pero nunca me han gustado los eufemismos.

—Basta ya, Udo, por favor.

—Lo siento.

Schetz se sumió en un hosco silencio. El ambiente, de súbito, se había hecho tenso, casi inaguantable. Hyames pensó que lo mejor que podía hacer era ir a la biblioteca y buscar un par de libros, para entretener una solitaria velada en su habitación.

A poco, con un pretexto cualquiera, se levantó. Un cuarto de hora más tarde, subía a su dormitorio con un par de libros bajo el brazo.

La voz de Schetz sonó a través de la doble chimenea. Trataba de persuadir a Elena. Ella se mostraba irreductible.

—Lo siento, es una joven tan hermosa… —murmuró Hyames.

Las velas habían sido renovadas. En el resto del día no había vuelto a ver a Dehler ni al original Stepan, la pelota humana, como él llamaba al individuo para sus adentros.

El tiempo transcurrió lentamente. Un enorme carillón, en el vestíbulo, desgranó once campanadas. Hyames empezó a bostezar.

Entonces fue cuando oyó de nuevo el grito de la mujer.

CAPÍTULO V

Inmediatamente, se despabiló. Esta vez, el grito se repitió.

Hyames entendía perfectamente el alemán. Pero lo que oyó ahora fue una demanda de socorro en su propio idioma:

—*Help, help!*

Ahora, se dijo, ya no cabía dudar de su lucidez. No estaba dormido ni sometido al influjo de una pesadilla. La voz era real, auténtica.

Saltó de la cama y se puso los pantalones y los zapatos. ¿De dónde demonios salía la voz?

Parecía brotar casi a ras de suelo. Bruscamente, recordó un detalle dormido en un rincón de su memoria.

El humo del cigarrillo, ascendiendo oblicuamente…

Se acercó a la leñera, repleta de troncos. De súbito, se dio cuenta de la conveniencia de no ser sorprendido. Fue a la puerta, la cerró con doble vuelta de llave y la quitó de la cerradura, dejándola sobre una mesita situada junto a la entrada. Para mayor seguridad, colgó su chaqueta de una de las historiadas manijas, con lo que el ojo de la cerradura quedaba tapado.

Cualquiera que intentase mirar, sólo vería negrura… La oscuridad propia de un dormitorio, en el que su ocupante estaba sumido en el sueño.

Luego fue a la leñera y empezó a sacar los troncos, procurando no hacer ruido. Cuando terminó, encendió un fósforo.

La llama se inclinó hacia afuera. Hyames trajo el candelabro y lo paseó por el fondo del hueco. Sí, salía una corriente de aire…

De pronto, vio una rendija entre los ladrillos del fondo. Metió las manos, afirmó los dedos y tiró con todas sus fuerzas.

El ladrillo, tras un crujido, cedió. Un negro hueco quedó ante los ojos del huésped.

—Eh —llamó a media voz—. ¿Me oye?

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer, desde un punto que parecía situado en las profundidades del edificio.

—Un amigo, señora. ¿Puedo ayudarla?

Hyames oyó un sollozo a duras penas reprimido.

—Gracias a Dios —dijo la mujer—. ¿Dónde está usted?

—No podría explicárselo bien… En mi dormitorio hay un cuadro de la condesa Elena…

—Es el mío —exclamó ella.

De repente, Hyames oyó algo que le puso los pelos de punta: el estridor de unas cadenas que acababan de moverse allá abajo.

Por un instante, pensó en las clásicas historias de las almas en pena que arrastraban sus cadenas por los lúgubres corredores de las viejas mansiones. Pero aquella mujer no parecía ser un espectro.

—Señora, ¿qué le ocurre? —preguntó—. ¿Qué son esas cadenas?

—Estoy sujeta al muro —dijo ella.

Hyames cerró los ojos un momento. ¿Podían existir personas de tan refinada crueldad en pleno

siglo XX?

Con fuerzas que a él mismo le asombraron, consiguió desencajar más ladrillos. Al fin, quedó un hueco suficiente para poder pasar el cuerpo.

Cogió una de las velas y asomó medio cuerpo a través de la abertura. Abajo sólo se veía oscuridad, pero más cerca consiguió divisar unos herrumbrosos peldaños de hierro empotrados en el muro de piedra que tenía frente a sí.

Lo que había al otro lado de la leñera era una especie de conducto de ventilación, de unos setenta u ochenta centímetros de lado. Hyames apagó una de las velas, esperó a que la cera se enfriase y luego se la echó al bolsillo.

—Señora, voy a bajar —anunció.

Un sollozo de alegría fue la respuesta. Las otras dos velas daban la luz suficiente para que Hyames pudiera agarrarse al primer peldaño.

Bajó poco a poco. Momentos después, ponía los pies en el suelo.

—Voy a encender la luz, señora —dijo.

Unos segundos más tarde, la llama de la vela iluminó a la mujer. Era hermosa, joven, de largos cabellos negros, sentada sobre un montón de trapos que habían sido mantas, los cuales, a su vez, estaban sobre una pequeña capa de paja.

Ella vestía *sweater* y pantalones. A un par de pasos de distancia, Hyames divisó un cántaro y un trozo de pan.

También pudo ver el ancho fleje de hierro, de casi un centímetro de grueso, que rodeaba la cintura de la mujer y del que partía una cadena de hierro, de enormes eslabones, cuyo otro extremo estaba firmemente sujeto a una anilla profundamente empotrada en el muro de piedra.

Pero lo que más le asombró de todo fue el rostro de la joven. A pesar de su demacración, Hyames reconoció en aquella hermosa mujer a la misma que le había atendido el día de su llegada.

—Si —dijo ella—, soy la condesa Elena.

* * *

—No podrá soltarme —manifestó la joven—. Ellos lo hicieron a conciencia.

—¿Ellos? —repitió Hyames.

—Sí, mi tía, la señora Károly y Augustus Krapfer.

—Sólo conozco a la señora Károly. No he visto a Krapfer.

—Estará ausente. No tardará en volver.

Hyames paseó la vista por el calabozo. En uno de los extremos divisó una abertura, cerrada por una recia plancha de hierro.

—Literalmente, estoy emparedada —dijo Elena—. La cadena, sin embargo, me permite moverme por el calabozo sin demasiadas dificultades. Así puedo coger el pan y el agua que me dan como único alimento.

—Señora, ¿cómo pueden existir seres tan crueles? —dijo. Ella sonrió tristemente.

—Lo único que quieren es encontrar la diadema de la condesa María. Lo demás, no les importa en absoluto —contestó—. Piensan que yo sé dónde está guardada, pero se equivocan.

—Y no quieren creerla.

—No.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Una semana. Piensan que mi espíritu se ablandará con el encierro y las privaciones que conlleva, pero ¿qué puedo hacer para persuadirles de que yo misma ignoro el lugar donde está escondida la joya?

Hyames reflexionó unos momentos. Los esfuerzos que había hecho para arrancar la cadena del muro habían resultado inútiles.

—Señora… —Elena sonrió.

—Soy soltera —dijo.

—Está bien. —Ella ya sabía la forma en que Hyames había llegado al castillo—. Por ahora, sólo puedo decirle una cosa: trataré de buscar herramientas adecuadas y vendré en otro momento a romper la cadena. ¿Podrá tener paciencia?

—Después de todo lo que he pasado, ¿no seré capaz de esperar un día o dos? Lo importante es que ellos no le descubran. Estoy seguro de que lo matarían.

—No me cabe la menor duda —rezongó el joven—. Pero ¿qué me dice de la otra Elena, la que, en estos momentos, desempeña su papel?

—Será un doble.

—Es muy posible. El parecido, sin embargo, es asombroso.

—Mi secuestro puede reportarles decenas de millones de marcos. La diadema de la condesa María tiene un valor inmenso…, si es cierto que está todavía por alguna parte.

—¿Por qué lo duda usted, Elena?

—Tal vez alguno de mis antepasados vendió las piedras por separado y luego hizo fundir el metal en que estaban engarzadas. En todo caso, yo no la he visto jamás ni mi padre me habló nunca de la joya.

—Es posible —convino Hyames—. Ahora, sin embargo, lo más importante es soltarla a usted.

De pronto, se percató de un detalle.

—¿Cómo no tiene frío? —preguntó.

—El cañón de la chimenea de la cocina pasa por el calabozo. La temperatura, así, resulta benigna.

—Sí, comprendo. —Hyames se arrodilló y tomó las manos de la joven—. Confié en mí, se lo ruego.

Ella sonrió. Era, a pesar de los sufrimientos que marcaban su rostro, una sonrisa muy distinta de la que aparecía, en esporádicas ocasiones, en los labios del doble de la prisionera.

—Sí, profesor, confío en usted —dijo. Hyames se puso en pie.

—Le dejaría la vela, pero sería un indicio delator. Es mejor que siga como hasta ahora, Elena.

—Ahora ya no me importa tanto —contestó la joven. Hyames se acercó a la escalera de peldaños metálicos.

—Hasta mañana por la noche —se despidió.

—Dios le bendiga —musitó ella.

Hyames apagó la vela y emprendió el ascenso por el cañón. De pronto, cuando estaba a mitad de camino, un rayo de luz hirió sus retinas.

* * *

Hyames se detuvo. Delante de él, había una grieta en el muro, de unos tres o cuatro centímetros de anchura. Al otro lado, se veía una habitación de paredes forradas con rojos cortinajes.

En el centro había un tronco de madera, con dos anillas a los lados. Hyames se preguntó para qué servía aquel tronco, cuando, de pronto, vio entrar a un hombre, empujado por otros dos: Dehler y Stepan.

La otra Elena apareció a continuación, diabólicamente bella, sosteniendo en alto un candelabro de tres brazos. Dehler y Stepan empujaban al tercer individuo, que parecía aturdido, como si hubiese ingerido alguna droga.

Atónito, Hyames reconoció a Schetz.

Estaba en mangas de camisa. El cuello de la prenda había sido recortado con toscos tijeretazos.

Entonces fue cuando Hyames se dio cuenta de la utilidad del tronco. Era el tajo del verdugo.

Schetz fue obligado a arrodillarse frente al tajo. Sus manos fueron atadas a las anillas laterales.

La falsa Elena contemplaba el espectáculo con ojos que brillaban morbosamente.

Dehler se separó dos pasos y empuñó un hacha de enormes dimensiones.

Hyames se mordió los labios para no gritar. Casi de repente, Schetz pareció tomar conciencia de su situación.

—Pero ¿qué diablos pretenden hacer conmigo? ¿Es que se han vuelto locos? Por el amor de Dios, suéltenme…

La voz de la falsa condesa resonó como la de una tigresa en el paroxismo de su furor:

—¡Mata! ¡Hans, mata!

El hacha describió una curva centelleante y su filo cayó sobre la garganta humana.

Primero se oyó un leve ruido de huesos seccionados; luego, el seco golpe del mortífero instrumento al chocar contra el tajo. Entonces, la cabeza humana saltó por los aires.

El tronco decapitado se convulsionó violentísimamente durante unos segundos, mientras torrentes de rojo líquido brotaban de la espantosa herida. Hyames creía morirse de horror.

Stepan empezó a saltar y a botar, a la vez que reía como un loco.

—¡Ji, ji…!

Hyames no quiso seguir contemplando la horripilante escena y continuó su ascensión.

En su cuarto, horrorizado, pensó en lo que más le convenía hacer. De no haber sido por la prisionera, habría echado a correr inmediatamente, para alejarse de aquella mansión de locos sanguinarios.

Pero, la entrevista con la prisionera, ¿no había sido también una pesadilla?

CAPÍTULO VI

Por la mañana, a una hora relativamente temprana, llamaron a la puerta.

Hyames abrió. Dehler, el ejecutor, apareció delante de él, con un bulto de ropas en las manos.

—Buenos días, *herr* profesor —saludó cortésmente—. La señora condesa le envía estas ropas, con sus mejores saludos. Dice que usted necesita mudarse.

—Oh, sí…

—La señora condesa dice, además, que aunque algo pasadas de moda, le estarán bien. El difunto conde y el señor profesor tienen más o menos la misma corpulencia.

—La condesa es muy amable, dígaselo así, Hans. ¿Ha mejorado de su indisposición?

—Sí, se encuentra mejor.

Dehler se dispuso a dar media vuelta. Hyames le detuvo con un ademán.

—Hans, por favor.

—Sí, señor.

—¿Está en casa el señor Schetz?

El granítico rostro de Dehler no se inmutó.

—Lo siento, *herr* profesor. El señor Schetz se marchó muy temprano de casa, poco antes de que amaneciera —respondió.

—Gracias, Hans.

—A sus órdenes, *herr* profesor.

«Y tanto que se ha ido antes de que amanezca. Se ha marchado para siempre», pensó Hyames amargamente.

A menos que hubiera sido una pesadilla…

Cuando se cambiaba de ropa, pantalones de recia pana y camisa de hilo, con encajes —un tejido como ya no se elaboraba—, llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Stepan empujó el carrito del desayuno. Sonreía según era su costumbre, de oreja a oreja. A Hyames le recordó uno de los antiguos bufones de la corte de reyes de pequeños reinos o de señores feudales. Pero, sin embargo, en aquella sonrisa había un matiz de tristeza. O de miedo, quizá.

—Está bien, Stepan; déjelo ahí.

—Llame cuando haya terminado, señor —dijo el hombrecillo. Y señaló el cordón que había junto a la puerta.

—Sí, muchas gracias —contestó Hyames.

Stepan se marchó. Hyames se sirvió una taza de café muy caliente, que tomó a pequeños sorbitos. En el desayuno, además, había tostadas, mantequilla, mermelada y un par de naranjas.

Hyames tenía un excelente apetito, pero se le pasó cuando, de repente, pensó en la prisionera.

Elena estaba sometida a una dieta de pan y agua. ¿No podría él enviarle algo de su abundante desayuno?

Sentado ante la mesita, con la taza de café caliente en las manos, contempló el retrato de la condesa María, con la diadema en torno a sus sienes. Abundaban las perlas, pero también se veían

reproducidos varios diamantes, rubíes y esmeraldas de buen tamaño.

De pronto, dio con la idea.

Entre las ropas que le habían traído, figuraban varios pañuelos. Una persona que se hallaba en las condiciones de la prisionera, podía sobrevivir, pero, al cabo de cierto tiempo, su organismo se depauperaba. Era preciso darle algo más que pan y agua.

Untó un par de tostadas con mantequilla. Luego puso una naranja con las tostadas y ató las cuatro puntas de un pañuelo. La prisionera también necesitaría algo de fruta.

«Lástima de un termo para enviarle café caliente», pensó.

Ahora sólo faltaba un cordel para descolgar el envío de alimentos. Buscó por todas partes, hasta que al fin se decidió por cortar uno de los cordones de las cortinas, que destrenzó, para hacerlo más largo.

Cuando terminó, tiró del cordón de llamada. Dehler apareció a los pocos segundos.

—He terminado de desayunar, Hans.

—Muy bien, señor.

Dehler se llevó el carrito con el servicio. Hyames esperó un poco y luego cerró la puerta con doble vuelta de llave.

A continuación, se acercó a la leñera. Quitó los troncos y separó un par de ladrillos.

—Elena —llamó.

—Señor Hyames —contestó ella.

—Le envío algo de comida: un par de tostadas y una naranja. Si le sobra algo, sobre todo las peladuras de la fruta, guárdelas debajo de su camastro.

—Tengo un sumidero —dijo la prisionera.

—Oh, no me había fijado —murmuró Hyames.

El pañuelo empezó a descender. Hyames oyó un leve tintineo de cadenas. De pronto, sonó la voz de la prisionera:

—Señor Hyames, no puedo alcanzar la comida.

El joven maldijo entre dientes. La cadena no era tan larga que permitiera llegar a la entrada del viejo cañón de chimenea.

Pero no tardó en hallar la solución.

—Aguarde un poco, por favor.

Metió todo el brazo, con lo que el paquete descendió unos cincuenta centímetros más. Luego inició una serie de balanceos pendulares, con ánimo de procurar que el pañuelo con los víveres llegase lo más cerca posible de la prisionera.

De pronto, notó un leve tirón.

—Ya lo tengo —exclamó la prisionera. Hyames emitió un profundo suspiro.

—Suelte la cuerda; quizá la necesite para otro rato. Hoy, durante el día, me ocuparé de buscar herramientas para romper la cadena dijo.

—No se preocupe —rió ella—. Ahora, la verdad, ya no tengo tanta prisa. Hay alguien que me ayuda, que es infinitamente más de lo que podía esperar hace doce horas.

Hyames colocó los ladrillos en su sitio. Apenas lo había hecho, llamó Dehler.

—Traigo leña —declaró el estólido sujeto.

—Oh, muy bien, déjela ahí —contestó Hyames con indiferencia.

Dehler vio que sólo faltaban cuatro o cinco troncos. Llenó la leñera y se marchó. Hyames se preguntó si aquel sujeto sabía o recordaba lo que había hecho la víspera.

Dehler había decapitado a Schetz. ¿Había actuado con plena voluntariedad o bajo la acción de alguna droga, para satisfacer la sanguinaria morbosidad de la falsa Elena?

* * *

Más tarde, bajó al salón. Con un cigarrillo entre los labios y las manos a la espalda, contempló el cuadro que representaba un trozo de muro.

Elena —la que se había presentado como condesa Von Hárvothy—, había pasado a través de aquel cuadro. ¿Conducía el cuadro al lóbrego calabozo de la auténtica Elena?

¿Y la escalera?

No tardó en hallar la solución. La escalera procedía de la biblioteca, era del tipo de las que tienen ruedas y pueden deslizarse a lo largo de las estanterías, a fin de poder coger libros de los estantes más altos.

Pero ¿cómo funcionaba el mecanismo del cuadro?

—¿Profesor?

La voz sonó de pronto tras él, arrancándole bruscamente de sus pensamientos. Hyames se volvió.

Elena, más hermosa que nunca, estaba frente a él, con una sonrisa apenas perceptible en sus rojos labios.

—Buenos días, condesa —saludó, procurando dar a su voz una entonación completamente normal.

—¿Le interesa ese cuadro?

—En cierto modo —sonrió Hyames—. Pensaba solamente en la retorcida imaginación del hombre que ordenó la pintura.

—El esposo de la condesa Ingeborg fue, creo, muy imaginativo. También muy cruel, puesto que la emparedó.

—Probablemente, un desequilibrado. ¿Cree usted que la simple infidelidad es un crimen tan grande como para provocar un castigo tan bárbaro?

—Eran otros tiempos, amigo mío —contestó ella.

—No lo dudo, condesa, pero hoy día se conoce el alma humana un poco mejor. Sin duda, un psiquiatra diría que el esposo de Ingeborg hizo pintar el cuadro para obtener un morboso disfrute de los tormentos que padecía una mujer y que él no podía contemplar.

—Usted quiere decir que el conde se satisfacía con el solo pensamiento de la agonía de su esposa.

—Más o menos —convino Hyames.

—Es probable. —Ella hizo un gesto de indiferencia—. Pero eso sucedió hace muchísimos años y ya no nos afecta. Por cierto, aún no le he preguntado qué tal se encuentra en el castillo.

Hyames se inclinó levemente.

—Encantado, señora —dijo.

—Gracias, profesor. El torrente sigue todavía muy crecido; no sé cuándo se podrá pasar al otro lado.

—Pero el señor Schetz vino.

—Es un camino pésimo. Nosotros no disponemos de coche; de lo contrario, Hans le llevaría hasta Oberwausser. Mientras tanto, puede seguir aquí con toda tranquilidad, en la seguridad de que su presencia no sólo no es una molestia, sino que nos agrada tenerle como huésped.

—Mil gracias, condesa —respondió Hyames—. ¿Cómo se encuentra la señora Károly?

—Mal, con una de sus habituales jaquecas —respondió la falsa Elena—. Este tiempo la martiriza, créame. Puede que no la veamos en todo el día.

—Lo siento mucho. Exprésele mi pena y… Me gustaría ser médico para hacer algo por ella, pero sólo soy un simple profesor agregado de Literatura.

—Es usted muy amable. Ahora deberá dispensarme, tengo algo que hacer.

Elena se alejó. Hyames la contempló durante unos segundos. Alta, esbelta, hermosa, una mujer de clase, pero también un ser poseído por el ansia de verter sangre y de contemplar el horrible suplicio de un hombre que había llegado a la mansión para… ¿para qué había venido Schetz?

A pesar de lo que había oído, no estaba muy seguro de los motivos que habían impulsado al abogado a un viaje de final tan horripilante.

CAPÍTULO VII

La lluvia seguía cayendo, mansamente, sin apenas ruido y con menor intensidad que los días precedentes, pero el nivel del arroyo había descendido muy poco.

Hyames se asomó a la cocina. ¿Quién hacía las comidas?

La cocina era antigua, pero grande y capaz. Había numerosas alacenas. Hyames las abrió una por una, evitando el menor ruido. Tenía que procurarse comida para la prisionera.

«¿Dónde habrá una buena lima?», se preguntó.

A través de una de las ventanas, divisó un viejo cobertizo, evidentemente destinado a guardar herramientas de jardinería. ¿No encontraría allí algo que le sirviese para liberar a la prisionera?

Cualquier herramienta que encontrase, debería ser utilizada en silencio, pensó. Una lima…, pero no parecía lógico que hubiese limas en el castillo, al menos del tamaño y grano necesarios para quebrar uno solo de los eslabones de la cadena que sujetaba a Elena al muro.

De todas formas, era preciso intentarlo. Abrió la puerta de la cocina y escuchó un momento.

Todo parecía en silencio. Cruzó el espacio libre a la carrera y alcanzó el cobertizo.

Antes de entrar, miró hacia la fachada posterior del edificio. No se veía a nadie en las ventanas de aquel lado.

Abrió y cerró en el acto detrás de sí. Un par de ventanas, en las que faltaban algunos vidrios, daban la luz suficiente para ver lo que había en el cobertizo.

Hyames vio picos, palas, azadones, rastrillos…, y también algunos rollos de cuerda de distinto grosor. Eligió una cuerda delgada y la escondió bajo las ropas, Luego agarró un pico y lo sopesó especulativamente.

Podía ser la herramienta ideal para soltar la cadena del muro, pero haría demasiado ruido. No confiaba en conseguirlo de un solo golpe; tendría que dar muchos y ello, a la larga, acabaría por alarmar a los habitantes del castillo.

De pronto, vio algo que le hizo concebir ciertas esperanzas. Era un viejo gato de automóvil, polvoriento y herrumbroso. La anilla de la cadena estaba a menos de un metro en el suelo. Metiendo el soporte del gato en la anilla, podía…

Probó la herramienta. Funcionaba con dificultad, debido al orín acumulado durante años. Pero podría engrasarla… ¿con qué?

Se asomó a la puerta del cobertizo. No había nadie a la vista. Salió con el gato en las manos. ¿Cómo llevarlo a su habitación?

Encontró la solución instantes después. Dio la vuelta al edificio y dejó la herramienta al pie de unos arbustos, justo bajo su ventana. Luego, con aire natural, se acercó a la puerta. Empujó. No se oía el menor ruido. A corta distancia del umbral, divisó un felpudo, en el que se limpió los pies cuidadosamente. Subió las escaleras, apartó las cortinas… ¡y se encontró con el redondo rostro de Stepan!

—¡Ji, Ji! —Rió el hombrecillo.

—Hola —dijo Hyames, tratando de aparentar naturalidad.

—Estaba limpiando el polvo de los cuadros —dijo Stepan—. ¿Ha salido a pasear, profesor?

—Sí, me cansaba de estar encerrado. Además, ya no llueve tanto.

Stepan tenía un plumero en las manos y lo pasó por las ropas del joven, en las que se veían bastantes gotas de lluvia.

—Usted también tiene mucho polvo, profesor. —Stepan se alejó, rebotando como una pelota —. ¡Ji, ji! —Reía a cada salto que daba.

Hyames meneó la cabeza. «Pobre Stepan», pensó.

Aunque también había disfrutado con la decapitación de Schetz. Pero a él no cabía achacarle ninguna culpa en el crimen; era sólo un infeliz, con una pronunciada deficiencia mental.

Ahora sólo le faltaba buscar comida para la prisionera y algo de grasa para el gato, a fin de que funcionase debidamente.

Era algo que tendría que procurarse durante el resto del día.

* * *

A media tarde, Elena (la falsa) estaba sentada en un diván, frente al fuego, leyendo un libro.

Hyames se acercó a la chimenea.

—Sigue el mal tiempo —dijo.

Ella le dirigió una penetrante mirada.

—¿Es usted casado, profesor? —preguntó.

—No. Una vez estuve a punto de dar ese importante paso… pero ella y yo decidimos darlo en sentido inverso. Fue un acuerdo común —sonrió el huésped.

Elena entornó los ojos.

—Es raro —comentó—. Usted es muy atractivo, profesor.

—Condesa…

—Por favor, hablo sinceramente —dijo ella.

—Usted también es muy hermosa.

—Pero vivo aquí, solitaria, sin afectos. —Ella se levantó de pronto y, con las manos, se alisó la falda a la altura de las caderas. Al mismo tiempo, inspiraba con fuerza, a fin de hacer resaltar las turgencias del busto—. No tengo afectos, ni cariño.

Los ojos de la mujer brillaban de un modo singular. Hyames recordó aquel brillo; era el mismo que había aparecido en el momento de la muerte de Schetz.

Elena se acercó a Hyames paso a paso. El huésped estaba junto a la chimenea y no podía retroceder.

—No tengo afectos —repitió ella en voz baja.

Y, de pronto, le echó los brazos al cuello y buscó vorazmente la boca del huésped.

Hyames casi se sintió aterrado durante un instante. Ella murmuraba palabras casi incoherentes y parecía sumida en una especie de éxtasis pasional, fuera del cual no había nada. Hyames estuvo a punto de arrojarla de sí, pero logró dominarse.

Era preciso disimular; había que pensar en la prisionera. Y aunque estaba seguro de que los labios de aquella mujer habían emitido la orden de cometer un crimen, no pudo por menos que dejarse arrastrar unos segundos por aquel vértigo.

Ella se apretó con fuerza contra el cuerpo masculino.

—Sola, siempre tan sola… —jadeo. De repente, sonó un agudo gritó:

—¡Elizabeth!

* * *

La voz de un hombre rompió el morboso hechizo de aquel momento. Elena se separó vivamente, al mismo tiempo que se volvía hacia la entrada.

—¡Augustus! —exclamó.

Hyames, profundamente turbado, vio a dos hombres, cubiertos aún con sendos impermeables. Uno de ellos, el más alto, parecía desconcertado.

—Lo siento, condesa —dijo Krapfer—. Por un momento me pareció que…

—Que yo era Elizabeth, ¿no es cierto?

Elena sonreía. Hyames se dio cuenta de que el otro individuo no parecía sentirse a gusto en aquel ambiente.

—Vista de espaldas, condesa, usted me pareció… Le ruego me dispense, condesa —dijo Krapfer.

—No tiene importancia, Augustus —contestó ella—. Ah, les presento al profesor Hyames, huésped accidental de la casa. Profesor, el señor Krapfer, el señor Gnássel.

Hubo varias inclinaciones de cabeza. Elena explicó brevemente los motivos de la presencia de Hyames en el castillo. Luego Krapfer dijo que Hans era un tonto y que por qué no había acudido a recibirles y a trasladar los víveres de su coche a la cocina.

Dehler apareció casi en el acto y se excusó por su tardanza. Krapfer le dedicó un par de invectivas, que el sujeto escuchó impasible. Al terminar, se dirigió hacia la puerta.

—Venga, amigo Rupert —dijo Krapfer, dirigiéndose a Gnássel—. Tomaremos una copa y seguiremos charlando de nuestros asuntos. Con el permiso de la condesa, por supuesto.

—Lo que interesa es que acabemos cuanto antes —refunfuñó Gnássel—. Debo de estar loco para venir a este maldito lugar con un tiempo semejante.

Krapfer soltó una risita.

—Usted sabe bien por qué ha venido aquí —dijo—. ¿Nos dispensa, profesor? Hyames hizo un gesto de aquiescencia. Krapfer añadió:

—Sugiero a la condesa esté presente en la conversación. Así podrá tomar parte en las discusiones y, eventualmente, tomar una decisión sobre el asunto.

—Con mucho gusto —contestó Elena.

Antes de echar a andar, se volvió hacía Hyames y le dirigió una larga y significativa mirada.

Hyames se estremeció. El morboso encanto se había pasado ya.

Ahora, la falsa Elena parecía una mujer-vampiro, ansiosa de sorberle la sangre a poco que pudiera.

Elena caminó tras los dos hombres, en dirección a la biblioteca. Krapfer sostenía la puerta, pero no la cerró tan pronto que Hyames no pudiera oír una frase colérica del otro huésped:

—Una cosa puede tener segura, Augustus: no me iré sin el dinero o sin… sin lo que usted sabe, ¿me entiende?

La puerta se cerró en el mismo momento. Hyames ya no pudo oír más.

Pero estaba seguro que la discusión que iba a tener lugar en la biblioteca no sería precisamente amistosa.

* * *

Hyames buscó tabaco en los bolsillos y no lo encontró. Arriba tenía medio paquete de cigarrillos. Por pereza, pensó que quizá en el salón encontrase algunos.

Había sobre una mesa una gran arqueta de madera, que parecía una cigarrera. Levantó la tapa y se quedó estupefacto.

—Pero ¿no han dicho que no había teléfono?

La arqueta ocultaba un teléfono, de modelo algo anticuado y no automático. Era preciso llamar a una centralita, para conseguir la comunicación.

Hyames levantó el auricular, pero no oyó ningún ruido. En seguida llegó a la conclusión de que el teléfono estaba desconectado.

No había luz eléctrica, no funcionaba el teléfono… Los motivos parecían obvios.

Elena y los dos hombres seguían en la biblioteca. Hyames decidió ir a la cocina. Si Dehler estaba allí, ya daría cualquier excusa.

La cocina estaba desierta, pero había una mesa repleta de víveres recién traídos. Hyames se apoderó de un paquete de pan, una lata de jamón cocido, una tableta de chocolate y otra de mantequilla. Encontró un abrelatas y se lo echó al bolsillo.

Luego huyó hacia su habitación, en la que se encerró con llave. Después de abrir la lata de jamón, dobló el abrelatas en forma de gancho, atando uno de sus extremos al cordel que había traído precavidamente del cobertizo de los útiles de jardinería.

El gancho y el cordel sirvieron para izar el gato. Hyames lo engrasó con la mantequilla. Poco más tarde, pudo comprobar que la herramienta funcionaba satisfactoriamente.

Después de lavarse las manos, se asomó a la leñera.

—Elena —llamó.

—¿Profesor? —contestó la prisionera.

—¿Cómo sigue usted?

—Mucho mejor. Las tostadas y la naranja me han parecido un manjar de dioses. He tirado las pieles y el pañuelo por el sumidero…

—He conseguido más comida en la cocina. A la noche bajaré a visitarla de nuevo.

—Gracias, profesor.

Hyames procuró dejar todo tal como estaba. Ahora era preciso aguardar a que los habitantes del castillo estuviesen dormidos.

CAPÍTULO VIII

La luz de la vela iluminó el rostro de la prisionera. Hyames encontró que tenía mejor aspecto.

—Le he traído pan y jamón cocido —dijo—. Debería haber buscado un termo, pero se me ha pasado por alto.

Ella sonrió.

—Ya ha hecho bastante, profesor —contestó—. Y, aunque no lo crea, soy más fuerte de lo que aparento.

—No deja de ser una suerte. Elena, supongamos que consigo liberarla. ¿Qué haremos después?

—Saldríamos al amanecer, para llegar al camino viejo de los Tilos cuando ya fuese de día. Oberwausser está a siete kilómetros al otro lado de las colinas.

—Muy bien. En ese caso, vamos a ver si, por lo menos, consigo soltar la anilla.

Hyames colocó el gato en posición. Elena contemplaba interesada todas las operaciones.

Al cabo de unos segundos, Hyames empezó a dar vueltas a la manivela. La anilla ascendió oblicuamente, pero no cedió.

Hyames hizo un esfuerzo supremo. De repente, se oyó un fuerte chasquido.

Elena emitió una leve queja. Hyames se tambaleó y acabó por caer al suelo, contemplando estúpidamente la manivela del gato, separada del resto de la herramienta.

—Se ha roto —dijo.

Un penoso silencio sobrevino en el calabozo. Hyames se dijo que la rotura de la herramienta —demasiado vieja, demasiado herrumbrosa—, significaba el fin de sus esperanzas.

—Otro día más —se lamentó.

—No se desanime —dijo Elena—. A ellos no les importa esperar. Esperarán todo lo que sea necesario para conseguir la diadema.

—Pero ¿existe de veras?

—No sé cómo consiguieron averiguarlo. Para mí, no era más que una leyenda. Nunca creí en ella. Y esta posesión, después de muerto mi padre, no me interesaba demasiado. Iba a venderla, ¿sabe?

—¿A Udo Schetz? Elena se sorprendió.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—Yo… Verá… Temo que al señor Schetz le haya ocurrido algo…

Un grito de terror llegó de pronto al calabozo. Hyames apagó la vela en el acto.

—¿Qué es eso? —preguntó la prisionera, atemorizada.

—No levante la voz, por favor —rogó él.

El grito se repitió.

—Están locos, no pueden hacer eso conmigo… Escuchen, les perdono la deuda si…

Un horrible alarido sucedió a la voz que suplicaba. Hyames se sobrepuso a la impresión que sentía y corrió hacia el cañón de la chimenea.

Momentos después, miraba a través de la grieta. Un espectáculo horripilante apareció ante sus ojos.

Gnássel estaba sujeto ya al tajo. Dehler, impasible, aguardaba la orden de ejecución, apoyado,

como un verdugo monumental, en el mango del hacha.

Stepan y Krapfer terminaron de atar al condenado. Hyames sentía unos horribles deseos de gritar, pero no se atrevía; sabía que significaría su muerte y la de Elena.

El hacha volteó en el aire y cayó.

Esta vez, Dehler no estuvo tan acertado y el filo se hundió en uno de los hombros de Gnássel, del que brotó un chorro de roja sangre. El individuo lanzó un espantoso grito.

La falsa Elena vomitó una obscena interjección:

—¡Apunta bien, maldito…!

Al segundo intento, cesaron los alaridos de Gnássel.

Su cabeza rodó por el suelo. Del cuello seccionado brotaban ríos de color escarlata. Hyames sintió náuseas. Haciendo un esfuerzo, consiguió descender de nuevo al calabozo y se sentó en el suelo, junto a la prisionera.

Ella, a tientas, buscó su mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en voz baja.

—Han asesinado a un tal Gnássel… como anoche asesinaron a Udo Schetz —contestó Hyames.

* * *

Elena lloraba en silencio.

—Udo era un buen amigo mío —dijo, cuando se sintió con fuerzas suficientes para hablar—. No sé por qué le han asesinado…

Hyames meneó la cabeza.

—Tampoco yo lo sé, aunque tengo la sensación de que cuando le pusieron en el tajo, iba drogado, lo cual, en medio de todo, debió de evitarle el horror de sus últimos momentos. Pero en cuanto a Gnássel estaba plenamente consciente. Sabía lo que iba a pasar y por eso gritaba.

—No conozco a Gnássel —manifestó Elena—. Por tanto, no puedo darle detalles de los motivos de su estancia en el castillo.

—Debía de tratarse de algún asunto económico. Gnássel vino a buscar dinero… u otra cosa.

—Tal vez la diadema.

—Es posible —convino Hyames—. Parece ser que les había prestado dinero a Krapfer y a la mujer que desempeña su papel y vino a reclamarlo o llevarse la joya. Pero ignoraba que venía a morir decapitado.

Elena se estremeció.

—¿Por qué cometen esos horribles crímenes? —murmuró.

El silencio había vuelto al lóbrego calabozo. Ya no se oían ruidos procedentes de la habitación situada al otro lado de una de las paredes del viejo cañón de chimenea.

Hyames se puso en pie. El gato inútil y la manivela fueron a parar al sumidero, un redondo orificio de unos cincuenta centímetros de diámetro, situado en uno de los ángulos del calabozo.

Se oyeron unos ruidos metálicos, que cesaron bien pronto. Hyames se volvió hacia la muchacha.

—No puedo hacer nada más por esta noche —dijo—. Tendrá que soportar otro día de tortura…

Elena sonrió.

—Después de sus visitas, mi esperanza no ha disminuido en absoluto —contestó.

Sheldon regresó a su habitación.

Una lima, se dijo. Pero ¿dónde encontrarla?

Durmió mal, con frecuentes pesadillas, aunque ninguna como la padecida durante la primera noche, cuando creyó ser el verdugo que había ajusticiado a la condesa Sylvia. Por la mañana se despertó enervado, con el ánimo muy deprimido.

Había cesado de llover, aunque el cielo se mostraba todavía encapotado. El nivel del arroyo había decrecido considerablemente.

Sin embargo, era imposible pasar al otro lado. Sólo había una ruta de escape: el camino viejo de los Tilos.

Pero no disponía de coche ni siquiera sabía si conseguiría encontrar el camino en medio de aquella frondosa vegetación de olmos, robles y tilos. Y la presencia de Elena en su calabozo le impedía abandonar el castillo. No quería irse de allí sin tener la seguridad de que la joven estaba a salvo.

Dehler le sirvió el desayuno. Comió poco, aunque apartó unas tostadas con mantequilla y una naranja, que hizo bajar más tarde al subterráneo. Luego procuró dejar todo en perfecto orden, a fin de que los otros no sospecharan que conocía la existencia de una joven prisionera en un lóbrego calabozo.

Más tarde, bajó al salón.

Estaba desierto. Pero Gnássel, se dijo, había llegado en un coche.

¿Suyo o de Krapfer?

Se asomó a la explanada delantera. No había el menor rastro del vehículo.

Tampoco en la parte trasera. Los habitantes del castillo parecían haber desaparecido.

Sentía curiosidad por saber lo que hacían, pero prefirió realizar otras cosas que estimaba de mayor urgencia. Lo primero que hizo fue acopiar algunos víveres, que subió a su habitación.

Luego descendió al salón por segunda vez. El cuadro con la pintura del trozo de muro atraía su atención de una manera casi morbosa.

Elena —la mujer que representaba su papel—, había desaparecido por allí. ¿Había una entrada secreta?

Poniéndose en pie, tocó la tela con la yema de los dedos. Al otro lado había algo duro, la pared, claro, se dijo.

Pero si había una entrada secreta, no era menos cierto que tenía que haber también una forma de hacerla funcionar. Para no llamar la atención, trajo un sillón pesado, de recia madera, se subió primero al asiento y luego a los brazos, sólidos y resistentes.

Empezó a tocar la tela, poco a poco, buscando alguna irregularidad en la trama cubierta de pintura. De pronto, oyó una voz burlona a sus espaldas:

—¿Busca algo, profesor?

Hyames se bajó de un salto. La expresión que había ahora en la redonda cara de Stepan no era precisamente la de un deficiente mental.

—Ese cuadro me atrae mucho —dijo con acento trivial—. Simplemente, buscaba la firma del autor.

—No es difícil pintar unas cuantas hileras de piedras, profesor —manifestó Stepan.

—Eso supongo.

Hyames se acercó a una de las mesas, como si fuese a servirse una copa de licor.

Stepan pasó por su lado.

—Tengo que hacer en la cocina —dijo.

De pronto, Hyames alargó la pierna izquierda. Sorprendido, Stepan tropezó y cayó por el suelo.

Casi rebotó. Al menos, Hyames le vio ponerse en pie con una agilidad increíble. Pero daba la sensación de haber rebotado… como una pelota.

Stepan le dirigió una mirada de reproche.

—No está bien burlarse de un hombre que no tiene la figura de un galán de cine, como usted —dijo.

—Lo siento, pero no lo hice con intención —respondió Hyames fríamente—. Jamás se me ocurriría burlarme de nadie, y menos de usted, Stepan. Si le he molestado, le presento mis más sinceras disculpas.

Stepan pareció sentirse desconcertado un instante. Luego sonrió:

—Está bien, profesor, olvidémoslo —dijo.

Y, una vez más, se alejó saltando y rebotando, con saltos que, en ocasiones, alcanzaban un metro de altura.

Stepan se preguntó cómo era posible que un hombre pudiera dar semejantes saltos. A juzgar por su figura, Stepan era todo, menos ágil… y, sin embargo, había ocasiones en que parecía un acróbata.

¿Dónde estaba el truco?

CAPÍTULO IX

Elizabeth Károly apareció de pronto en el salón.

—Profesor —saludó gravemente.

—¿Cómo se encuentra, señora Károly?

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—Lleno de aprensiones, señora.

Elizabeth arqueó las cejas.

—¿Se siente mal, profesor?

—No. Quiero decir que les estoy dando demasiadas molestias…

—Oh, por favor, para nosotros es muy grato tenerle en el castillo. No lo mencione más, se lo ruego.

—Está bien, señora, pero, a pesar de todo, me gustaría ir a Oberwausser.

—¿Sucede algo?

—Oh, no, simplemente, deseo telefonear al amigo de Munich que me está aguardando. Puesto que aquí no tienen teléfono…

Hyames espió la reacción de la mujer. Ella no pareció sentirse afectada por aquellas palabras.

—Lo siento —dijo. El otro camino está cortado. Un desprendimiento de tierras impide el paso de los vehículos.

—Entonces, el señor Gnássel no ha podido marcharse.

—Sí, se fue muy temprano y le acompañó Augustus, quiero decir, el señor Krapfer. Pero el desprendimiento se produjo después de que Augustus hubiese franqueado el tramo más difícil. La tierra está muy reblandecida después de tantas lluvias.

—Es natural —sonrió Hyames.

—Fue cosa de segundos. Augustus está vivo de milagro. Todavía no se le ha pasado el susto.

—Pero pudo llegar aquí sin novedad.

—Efectivamente, así ha sido.

—Lo celebro infinito. Y, dígame, ¿qué hace la condesa, su sobrina?

—Oh, la pobre… Su jaqueca es espantosa… —Elizabeth se echó a reír—. Hay veces, cuando nos encontramos bien, que decimos nos la contagiamos la una a la otra. Tonterías, claro; es este tiempo infernal…

—Sí, comprendo.

—Pero usted no se debe preocupar en absoluto. Considérese aquí como en su propia casa.

Hyames se inclinó.

—Muy amable, señora Károly —dijo.

—Por favor, llámeme Elizabeth —rogó ella, con una sonrisa. Y se marchó en dirección a la cocina.

Hyames quedó solitario en la vasta estancia. De pronto, divisó una gran panoplia, en la que había algunas armas muy antiguas.

Una de las armas le hizo estremecerse. ¿No era aquella hacha la que en dos días había cortado otras tantas cabezas?

El acero estaba pulido, absolutamente limpio. Hyames pasó el dedo por el filo; era capaz de cortar un cabello en el aíre.

Luego vio espadas y puñales. De pronto, obedeciendo a un súbito instinto, agarró un puñal corto y lo escondió bajo sus ropas.

Había algo de falso en Stepan y quería comprobarlo, pero no sin buscar la ocasión propicia.

Cuando estuvieran a solas, con la absoluta seguridad de que no iban a sorprenderles.

* * *

Afuera se oían unos golpes fuertes, rítmicos.

Dehler cortaba leña. Hyames le miró pensativamente.

Los brazos de Dehler poseían la suficiente potencia para cortar una garganta humana.

Pero ¿por qué se prestaba a un juego tan inhumano?

Hyames se retiró de la ventana. Elena había recibido más comida.

La prisionera se sentía mucho más animada. Hyames había podido ver un auto parado en la trasera del edificio.

Habría un gato en el juego de herramientas del vehículo. Sería cosa de apoderarse de él, cuando nadie le viera.

Elena le atraía y subyugaba. Deseaba su liberación fervientemente, pero, al mismo tiempo, se decía que debía actuar con el máximo de precauciones, con objeto de no cometer una imprudencia que podía costar cara a ambos.

Otra cosa que le preocupaba era la diadema.

¿Dónde estaba?

Si la diadema era algo real, no cabía la menor duda de que se encontraba en un escondite perfecto, puesto que, hasta ahora, ni Krapfer ni Elizabeth habían conseguido encontrarla.

La propia Elena ignoraba siquiera la existencia de la Joya.

El día avanzó lentamente. Hyames seguía conservando el puñal bajo la ropa. Una hora después de comer, se dirigió a la biblioteca, aparentemente para buscar algún libro con el que entretenerse. La falsa Elena no se había hecho visible en todo el día.

Dejó pasar un buen rato. Luego decidió tentar la suerte y tiró del cordón de la campanilla.

La puerta se abrió a los pocos momentos. Por un instante, Hyames pensó que sería Dehler, pero el que llegaba era, precisamente, el hombre deseado: Stepan.

—¿Desea algo, profesor? —preguntó el hombrecillo.

—Sí, entre, entre… Quería decirle una cosa…

Stepan cerró la puerta y avanzó unos pasos. Súbitamente, algo centelleó en la mano del huésped.

El hombrecillo chilló. Pero el puñal no perforó la carne, sino algo que emitió un débil siseo.

Las ropas de Stepan cayeron de pronto fláccidas. Su cuerpo adelgazó increíblemente en un segundo.

—Eso sí que es pinchar un globo hinchado, ¿eh? —Sonrió Hyames.

El hombrecillo parecía aturdido y furioso al mismo tiempo. De pronto, Hyames le agarró por

el cuello y le hizo dar una voltereta completa.

Stepan chilló y pataleó. Hyames, inflexible, arrancó uno de sus zapatos. Un fuerte muelle en espiral apareció ante su vista.

El pie de Stepan, que remataba una pierna de cortísimas dimensiones, tenía otro zapato, al cual estaba sujeto el muelle por la parte superior. Hyames comprendió que el escaso peso del sujeto —probablemente no pesaba mucho más de los cuarenta kilos—, le permitía dar aquellos saltos que tanto le habían intrigado desde el primer momento.

Satisfecha en parte su curiosidad, soltó a Stepan. El hombrecillo se sentó en el suelo y empezó a arreglarse el segundo zapato, para que la pierna le recobrase su aspecto habitual.

—¿Por qué, Stepan? —preguntó Hyames.

Había lágrimas en el redondo rostro de Stepan. Aquella redondez sí era auténtica.

—No… No puedo contárselo ahora.

—¿Por qué. Stepan?

—Tengo miedo, un miedo horroroso… Soy casi un enano, bajo, feo, despreciable…, pero, aun así… quiero vivir… ¿Me comprende, profesor?

Hyames se inclinó hacia él.

—También la condesa Elena quiere vivir. Libre, por supuesto —dijo. Los ojos de Stepan se dilataron enormemente.

—De modo que lo sabe —murmuró.

—Sí. Y he hablado con ella. ¿Por qué la han sepultado viva?

Stepan había reparado ya los desperfectos de su calzado.

—Profesor, usted es joven, alto, apuesto, valeroso… No tiene la menor idea de lo que es sentirse disminuido físicamente desde niño… Las burlas de los demás chicos…, incluso de las personas mayores… Y, a pesar de todo… un ser como yo desea vivir…

—Le comprendo, Stepan —dijo Hyames, mirando ahora con más simpatía al hombrecillo—. Pero me gustaría hablar con usted más extensamente.

—Muy bien. —Stepan se puso en pie—. Iré a la noche a su dormitorio, profesor.

—De acuerdo.

Stepan se acercó a la puerta de la biblioteca. Abrió una rendija, escuchó unos instantes y luego, de golpe, se alejó saltando y rebotando como era su costumbre, a la vez que emitía aquellas risitas suyas tan características.

Hyames se quedó solo. Y se hizo una pregunta:

—¿Podrá reparar el pinchazo en el globo que lleva bajo la ropa?

* * *

El coche continuaba en el exterior. Nadie lo había movido del sitio.

A Hyames le hubiera gustado saber qué había sido del «todo terreno» de Schetz, pero, más todavía, conocer el paradero de los dos cadáveres sin sus cabezas. No obstante, era un asunto en cierto modo secundario.

La tarde transcurrió con infinita lentitud. Krapfer no se había dejado ver un solo momento.

La falsa Elena tampoco había sido vista. Elizabeth apareció una vez, para dar instrucciones a Stepan, que era el cocinero, según dijo. La mujer parecía más animada, con el rostro menos pálido; hasta más joven incluso, pensó Hyames. Al verla el primer día, calculó su edad en cuarenta años. Ahora debía rectificar, pasaba muy poco de los treinta y cinco, y aunque el rostro estaba un tanto ajado, el talle seguía siendo esbelto, aunque era de advertir claramente la falta de firmeza en el pecho.

A Dehler le vio también un par de veces, yendo y viniendo por el piso superior. Seguramente, andaba arreglando las habitaciones.

Hyames confió en que no se ocupara demasiado de la leñera. Siempre procuraba dejar los ladrillos en la misma posición, pero no cabía excluir la posibilidad de que lo descubrieran accidentalmente. De todas formas, le parecía un secreto bien guardado.

Dominando los deseos que sentía de subir a su cuarto y charlar con la prisionera a través del cañón, permaneció toda la tarde en la biblioteca. Stepan le avisó a la hora de la cena.

—La mesa está servida, profesor —anunció.

Hyames dobló el libro que estaba leyendo y se puso en pie. Momentos más tarde, se hallaba en el comedor.

Para sorpresa suya, Elena —la falsa—, asistía a la cena.

—¿Le sorprende mi presencia? —preguntó ella, mirándole con ojos llenos de fuego.

—Me agrada infinito, condesa —respondió Hyames.

Elena, Hyames, ni mentalmente, sabía llamarla de otro modo, sonrió de un modo especial, pero muy tenuemente, sin apenas distensión de los labios.

—Siéntese, profesor —invitó—. Pero voy a llamarle por su nombre, si no tiene inconveniente, esperando que usted también haga lo mismo conmigo.

—Será un placer, Elena —aseguró el huésped.

CAPÍTULO X

Elena se mostró atractiva y desenvuelta como nunca, aunque su rostro, en todo momento, conservaba una cierta expresión de hieratismo que restaba encanto a su belleza. Hyames se preguntó dónde se había *fabricado* aquella doble tan perfecta de la prisionera.

El rostro de Elena tenía más color que el de la cautiva, cosa lógica, si se pensaba en las privaciones de ésta y en la falta de luz y de aire… o, por lo menos, el vivir en una atmósfera escasamente renovada. Pero Hyames se figuró cómo sería la auténtica Elena en su ambiente y estado normales, y se dijo que había conocido a pocas mujeres tan bellas.

Después de la cena, Stepan, entre risitas, más frecuentes que de costumbre, sirvió el café y los licores. Hyames y Elena habían tomado asiento en un diván, frente a la chimenea.

Stepan se despidió, dejándoles solos. Elena se acercó de pronto al huésped.

—Sheldon —dijo de pronto.

—¿Elena?

—¿Cómo me encuentra usted?

Hyames respingó ligeramente al oír la pregunta.

—¿Me encuentra bella… y deseable? —preguntó la joven.

—Es usted la mujer más hermosa que jamás he visto. Y no me pregunte si lo digo de verdad, porque hay cosas con las cuales no se pueden bromear.

Elena le miró profundamente. Luego se inclinó hacia él y, agarrando su cabeza con ambas manos, le besó con fuerza.

Hyames se dejó llevar unos instantes por el vértigo de la pasión. A pesar de que tenía presentes en la memoria las horribles escenas de que había sido testigo, en las cuales Elena había tomado parte principal, lo olvidó todo, dejándose llevar unos momentos por el fuerte atractivo que se desprendía de aquel ardiente cuerpo.

Elena se separó, sin embargo, a los pocos instantes.

—Ven luego a mi habitación —invitó en voz baja. Hyames sonrió.

—Iré —prometió—. Pero, es un poco pronto todavía, ¿no crees?

El gran carillón dio nueve campanadas.

—En todo caso, espera a que estén dormidos —dijo ella, a la vez que se ponía en pie y le tendía una mano, de largos y finos dedos.

Hyames besó la mano que se le ofrecía. Ella caminó hacia la escalera. Desde lo alto, se volvió hacia él y le tiró un beso con la mano.

«Tal vez fuera mejor así —pensó Hyames—. Podría llegar a la intimidad y con ella las confidencias».

Pero, a pesar de todo, no podía olvidar a la otra Elena.

En cuanto estuvo seguro de no ser visto, salió al exterior. Dio la vuelta y buscó en el coche la bolsa con las herramientas. El gato fue a parar al lugar donde había estado el otro. Todavía conservaba el cordel con el gancho improvisado.

Luego subió a su habitación. La prisionera debía saber que aquella noche su visita tal vez se demorase más de lo acostumbrado.

La leñera estaba repleta de troncos. Hyames empezó a apartarlos uno por uno, con infinito cuidado, sin hacer el menor ruido.

Estaba a la mitad de la tarea, cuando, de pronto, vio algo que helo la sangre en sus venas.

En el primer momento, no se había dado cuenta, en su afán de hablar cuanto antes con la prisionera. Ahora, lo veía claramente, los troncos eran algo más cortos.

Y en lugar de ladrillos, había piedras.

El muro posterior de la leñera había sido tapiado sólidamente, con piedras escuadradas, salidas de algún sitio desconocido, y unidas, con toda seguridad, con un cemento rápido, que ya había fraguado y que sólo a base de martillo y escoplo y mucho tiempo, podría saltar.

Un helado escalofrío recorrió su epidermis.

¡Elena estaba emparedada viva!

Como la condesa Ingeborg, aquélla cuya efigie no había sido juzgada digna de ser reproducida por los pinceles del pintor.

* * *

La sensatez se impuso poco a poco en el conturbado ánimo de Hyames.

Elena podía estar emparedada, sí, pero, en los últimos días, su dieta alimenticia había mejorado considerablemente gracias a él. Se extrañaría de no verle, pero podría resistir sin dificultad un días, dos…

Y él encontraría la forma de llegar una vez más al lóbrego calabozo en el que estaba encerrada la joven.

Rehecho, procuró dejar todo como estaba, limpiando el suelo de la suciedad de los troncos. En pie, contempló el retrato de la condesa María, en cuyas sienes brillaba aquella diadema que valía tantos millones.

Si la diadema estaba en alguna parte, resultaba comprensible la actitud de la falsa Elena y de su cómplice Krapfer. Bien, era preciso añadir también a Dehler y a Stepan, como participantes en el sangriento drama, aunque el hombrecillo parecía actuar forzado por las circunstancias.

Consultó el reloj. Todavía no habían dado las diez. Tenía más de una hora de tiempo para acudir a la cita con Elena.

Salió de su cuarto. Al final del corredor, había una pequeña escalera que conducía al último piso en donde, calculó, tenían los sirvientes sus alojamientos. Adelantaría la entrevista con Stepan.

Subió poco a poco. Los peldaños eran de madera y era preciso evitar un crujido delator.

Llegó a otro pasillo, muy oscuro, apenas iluminado por la luz que llegaba del gran corredor del primer piso. Abrió una puerta: la estancia se hallaba desierta.

En el cuarto siguiente dormía Dehler.

El robusto individuo no se enteró siquiera de la presencia de Hyames. Era un sueño profundísimo… ¿causado por alguna droga?

Hyames abrió la tercera puerta. Stepan estaba allí.

Pero ya no hablaría, ya no diría por qué había colaborado en los asesinatos.

Colgaba del techo. Una cuerda, sujeta a un gancho incrustado en una gruesa viga de madera, terminaba en su cuello.

El hombrecillo ya no haría más el papel de bufón, ya no reiría estúpidamente, ni usaría su traje hinchable, ni botaría como una pelota…

Había una vela encendida sobre una mesilla, cuya luz arrojaba sombras movedizas sobre la estancia. Dominando el horror que sentía, Hyames pudo ver unas marcas sanguinolentas en la garganta de Stepan.

Había sido asesinado de una forma sádica, brutal…, el asesino lo había hecho de modo que el desgraciado hombrecillo padeciera horriblemente. Incluso le había dejado las manos sueltas, para que intentase soltarse el dogal o se agarrase a la cuerda.

Uno de los segundos zapatos de Stepan estaba en el suelo. Hyames adquirió la convicción de que, incluso, el asesino había sostenido a su víctima por las piernas, para alargar el espantoso tormento, levantándolo en el aire a veces o dejándole colgar…, y quizá todo ello para hacerle hablar.

Pero el espectáculo que tenía ante sus ojos era un tratado completo de tortura. Stepan tenía miedo a morir, pese a su menuda figurilla, pese a su fealdad… Era, había sido un ser humano y ya no era más que un poco de carne inanimada.

Hyames dejó el cuarto. Un pensamiento llenaba su cerebro. Si Stepan había hablado, ¿qué había podido decir?

Sentía deseos de tomar un trago. Bajó corriendo a su dormitorio, llenó una copa y la despachó de un golpe.

Luego, poco a poco, se fue tranquilizando.

Tenía que entrevistarse con Elena. Haría que hablase.

Y sabía de un medio que no solía fallar, en el que no intervenía para nada la tortura física.

* * *

A las once en punto, abrió la puerta del dormitorio de Elena. No llamó. Prefería el efecto de la sorpresa.

Había una mujer, medio vuelta de espaldas a él, peinándose el largo cabello negro, frente a un espejo. Dada la posición de la puerta, ni él podía ver su cara ni ella podía verle a través del vidrio azogado.

—Ya estoy aquí —dijo.

La mujer se volvió de pronto. Hyames respingó.

—¡Señora Károly!

Elizabeth frunció el ceño.

—Temo que se ha equivocado de habitación, profesor —dijo heladamente, a la vez que se ponía en pie.

Hyames estaba desconcertado.

—Perdón, señora, pero yo creí…

Elizabeth dulcificó su gesto.

—Sin duda, creyó que este dormitorio era el de una mujer más joven y bella que yo —dijo.

Hyames apretó los labios. Elizabeth, envuelta en un peinador de tul blanco, avanzó hacia él.

—Sí, soy mayor que Elena y menos bella, por supuesto, pero no tan vieja como cree la gente…, como usted, sin duda, cree también, profesor —añadió.

—Señora, nunca he puesto en duda su edad ni su juventud —rezongó Hyames.

Ella se echó a reír.

—No se burle de mí, señor Hyames. Ya soy una mujer madura y de escasos atractivos. Si tiene deseos de una aventura, ¿por qué no va al dormitorio de la condesa?

—Señora, jamás me atrevería…

—¡Oh, los hombres, qué embusteros son! —Elizabeth se burlaba descaradamente de su aturdido huésped—. Vamos, vamos, pase al otro dormitorio. Quizá Elena esté dormida…, pero el beso de un hombre joven y apuesto siempre ha despertado a la bella durmiente, ¿no es así?

—Le pido mil perdones, señora Károly. Buenas noches —se despidió Hyames, cortés, pero furioso consigo mismo y, sobre todo, tratando de contenerse para no explotar, pensando en la muerte de Stepan, y de este modo echarlo todo a rodar.

Abandonó el dormitorio, conteniendo las ganas que tenía de dar un portazo. En el corredor, sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios.

¿Cómo era posible que se hubiera equivocado de puerta?

—Bueno, la verdad es que tampoco se lo pregunté —se respondió a sí mismo.

Aspiró el humo unas cuantas veces. La imagen del pobre Stepan, colgado como una res, no podía apartarse de su memoria.

Al fin, consiguió serenarse un poco. Estaba dispuesto a llegar al fondo del asunto. Averiguada por qué había una mujer que suplantaba a la auténtica Elena von Hárvothy y…

Tiró el cigarrillo al suelo, lo pisoteó y luego llamó a la puerta con los nudillos. Una voz agradable llegó a sus oídos:

—Pasa, querido.

CAPÍTULO XI

Hyames abrió la puerta. Elena no estaba a la vista.

—Saldré dentro de un minuto. ¿Quieres preparar unas copas?

El joven cerró a sus espaldas. Sobre una antigua consola, divisó botellas y copas. Eligió el *whisky*, le pareció el más fuerte de los licores. Pero, por si era poco, agregó unas gotas de ginebra. La mezcla ayudaría a su labor, se dijo.

Elena apareció poco después, radiante de belleza, ataviada con un *negligé* de color rojo fuerte, muy transparente.

—Estás seductora —dijo él.

—¿Lo crees así?

Hyames le entregó la copa. Ella probó un sorbo.

—Está muy fuerte —dijo.

—Es lo que necesitamos. Mira, yo también bebo lo mismo, desde luego.

—Un poco de licor, en efecto, no nos sentará mal.

Elena volvió a beber. Hyames la abrazó y la besó de repente.

—Por favor, no seas tan impulsivo… —rogó ella, medio sofocada después del beso.

—Lo siento, no pude contenerme. ¿Tomamos otra copa?

La joven bebió una vez más. Hyames espiaba cuidadosamente sus reacciones.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo, de pronto.

—¿Si, querido?

—Se trata de… ¿Es cierto que en alguna parte del castillo hay una diadema de valor incalculable?

Elena le miró con ojos turbios.

—¿Quién te ha contado esa fábula? —preguntó, con voz ya ligeramente torpe.

—Vamos, otra copa —rió él—. No me hagas caso, quizá lo he soñado. Es que, ¿sabes?, duermo en un cuarto donde está el retrato de una mujer muy hermosa, con una diadema… Quizá lo soñé, no te preocupes.

—Sí, claro…

Hyames llenó las copas por tercera vez.

—El día que llegué…, bueno la primera noche, también tuve otra pesadilla —dijo—. Soné que una mujer hermosa, me pareció que eras tú, pero no hubiera podido asegurarlo, abría una puerta en el muro y pasaba al otro lado. Sí, ese cuadro que representa un trozo de pared…

—Lo soñaste, sin duda. No hay ninguna puerta ni pasadizos falsos en el castillo…

Elena bostezó de pronto.

—Pero ¡qué sueño me ha entrado de repente!

Apuró la tercera copa y se apartó del joven. Tambaleándose aparatosamente, caminó hasta la cama y se tendió en ella.

—Se me… cierran los ojos…

Hyames maldijo entre dientes. Su ardid había resultado inútil.

O quizá la falsa Elena era una artista de grandes recursos y fingía haberse embriagado.

En todo caso, ya dormía como un tronco.

Hyames la cubrió con una manta. Luego salió del dormitorio y se dirigió a su habitación.

Permaneció largo rato sentado en el borde de la cama, pensando en lo que le convenía hacer. De no haber sido por la prisionera, se habría marchado en el acto de aquella tétrica mansión.

El reloj de carillón dio de pronto las doce de la noche. Hyames, súbitamente, se puso en pie y salió de su dormitorio.

Apenas había dado unos pasos, se detuvo, procurando hacerlo en un lugar sumido en la sombra. El cuadro que representaba un trozo de muro estaba abriéndose hacia adentro.

Hyames se fijó ahora en que sólo la tela giraba. El marco permanecía inmóvil.

La escalera de la biblioteca estaba al pie del cuadro. Un hombre salió a través del hueco y descendió hasta el piso del salón.

Luego, Augustus Krapfer empujó la escalera en dirección a la biblioteca. Hyames decidió regresar a su dormitorio.

* * *

La campana del carillón sonó dos veces.

Una vez más, Hyames salió de su dormitorio.

Bajó al salón, alumbrado solamente por una vela de buen tamaño. Fue a la biblioteca y sacó la escalera.

Momentos después, estaba frente al cuadro. La única vela del salón se hallaba en su mano izquierda.

Lenta y pacientemente, recorrió con las yemas de los dedos de la mano libre, los bordes de la tela. De pronto, creyó notar una protuberancia al otro lado del tejido.

Apretó con fuerza. Se oyó un leve chasquido. La tela giró a un lado, junto con un trozo de muro. Un negro túnel apareció ante los ojos del joven.

Hyames se metió sin vacilar por el hueco. Para mayor seguridad, hizo girar la puerta falsa. Al otro lado tenía una especie de picaporte. Bien, así no se quedaría incomunicado.

Avanzó por un túnel oscuro y húmedo, con el suelo en pendiente. De pronto, el túnel se dobló en ángulo recto a su derecha.

Frente a él, vio un trozo rectangular de chapa de hierro. Hizo fuerza con la mano libre y lo descorrió.

—Elena —llamó.

Al otro lado de la pared se oyó un siniestro tintineo de cadenas.

—¿Señor Hyames?

—Sí, Elena, ¿cómo se encuentra?

—¿Qué le ha pasado? ¿Por qué no ha venido a liberarme? Pensé que se habría marchado del castillo…

—Elena, yo llegaba hasta su calabozo a través del hueco de la leñera. Lo han tapiado con piedras y cemento rápido.

Un hondo gemido brotó de los labios de la joven.

—Voy a morir sepultada —dijo.

—No, no morirá aquí, porque, si es preciso, yo iré a Oberwausser y pediré socorro a la policía, ¿comprende?

—De nada le serviría, profesor. Ellos me matarían antes y la otra ocuparía mi puesto. Le tomarían por loco.

—Sí, quizá tenga razón. Pero ¿quién es la otra mujer, la que desempeña tan bien su papel?

—No lo sé; sólo la he visto un par de veces, asomada a ese ventanuco… Debe de ser una cómplice de Krapfer y de mi tía Elizabeth.

—Pero ¿quiénes son esa pareja? ¿Qué hacen aquí?

—En tiempos, fueron los conservadores del castillo. Pero mi padre, al morir, dejó muy escasos bienes de fortuna y abandonaron el empleo. Yo dudaba en vender la propiedad. De repente, aparecieron un día y me encerraron aquí. Dijeron que estaría presa hasta que les entregase la diadema de la condesa María.

—¿María? Yo creí que el retrato con la diadema era suyo, Elena.

—Oh, no, era de mi bisabuela… La gente dijo siempre que yo me parecía mucho a la mujer del retrato… Pero ni siquiera mi padre llegó a saber dónde escondieron la diadema sus abuelos. Personalmente, pienso que la vendieron en una época de… de vacas flacas.

—Comprendo. Bien, Elena, ahora ya sé el medio de llegar hasta aquí. Iré a buscarle comida y mañana, por la noche, traeré herramientas para derribar el muro, cueste lo que cueste. Oiga, ¿no habrá una pistola en alguna parte?

—¿Por qué me lo pregunta, profesor?

—La verdad, no tengo seguro el cuello… Krapfer y esa prójima son capaces de cualquier cosa. No es que sea un experto en armas, pero con una pistola en la mano me sentiría mucho más seguro.

—Hay una pistola en el castillo, aunque no sé si ellos la habrán encontrado.

—Dígame dónde está, Elena; trataré de hallarla.

—En el cuarto de la condesa María…

—Es el que yo ocupo —dijo Hyames.

—Entonces, resultará aún mejor. Yo la tenía para defenderme de algún posible merodeador. Está en el tercer cajón de la consola, debajo de la ropa. Son prendas de verano, así que es probable que la mujer que representa mi papel no las haya tocado.

—Magnifico —aprobó Hyames—. Elena, un poco más de paciencia, se lo ruego.

Ella sonrió. Hyames sonrió también.

—Usted no es como la otra, quiero decir, la falsa Elena.

—¿Por qué dice eso, profesor?

¬Su doble apenas sonríe. No es que esté seria como un palo, pero su sonrisa apenas si se nota.

—Será su carácter —opinó la prisionera.

Hyames asintió. De pronto, se dio cuenta del ramal del túnel que quedaba a su derecha.

La curiosidad por saber lo que habla allí invadió su ánimo en el acto.

—Aguarde un momento, por favor —rogó.

Avanzó una veintena de pasos. Al final había una puerta de recios tablones, con gruesos clavos

como refuerzo.

Con la mano derecha, hizo girar el pomo. La luz de la vela iluminó un tétrico escenario. Hyames contempló el lugar donde había visto decapitar a dos hombres. Las cortinas rojas, el tajo fatídico, el hacha…, exacta reproducción de la que había en una panoplia del salón…

También divisó algo que llamó extraordinariamente su atención.

Era un cuenco de metal, situado al pie del tajo. Tenía forma semiesférica, con una base plana, para poder sostenerse en el suelo o en una mesa.

Hyames se inclinó y recogió el cuenco. Había alumnas manchas oscuras en su interior, cuyo origen adivinó de inmediato.

Pero también presintió otra cosa, mucho más horrible. Estremecido de terror, recordó que no había terminado nunca de contemplar el espectáculo de las dos decapitaciones. Apenas el hacha de Dehler había segado la garganta humana, él se había retirado, profundamente conturbado por la macabra escena.

Dejó el cuenco en el suelo, como si fuese de hierro calentado al rojo vivo. Su cuerpo estaba recorrido por continuos escalofríos.

Regresó junto a la pared que daba al calabozo.

—Elena —llamó.

—¿Qué quiere, profesor?

—Respuesta a… ¿conocía usted bien a Krapfer y a la señora Károly?

—No, no muy bien. Las relaciones con mi tía fueron casi siempre escasas. Apenas residí en el castillo, desde que tenía dieciocho años. Vine aquí cuando murió mi padre… No tenía otro sitio adonde ir y, con el tiempo, pensé en vender la propiedad. Debo mucho dinero de impuestos y…

—Probablemente, también debe las cuentas de la luz y el teléfono. Por eso están cortados la una y el otro.

—Eso es asunto de Krapfer y Elizabeth. Pero ¿por qué me preguntó si les conocía bien?

—Elena, uno de los dos, o tal vez ambos… ¡beben sangre humana!

CAPÍTULO XII

Un agudo alarido hizo saltar de la cama a Sheldon Hyames. Lo primero que hizo el joven fue empuñar el revólver que había encontrado en el lugar señalado por Elena.

El grito no se repitió. Hyames, sin embargo, oyó voces apagadas, pero de tonos excitados, en las inmediaciones.

Vistióse rápidamente. Se asomó al corredor y vio a Krapfer y a Elizabeth, que descendían juntos la escalera.

Krapfer sostenía a la mujer por la cintura. Ella parecía encontrarse en malas condiciones físicas.

—Pero mujer, eso es imposible ahora… —decía él.

—¡Ahora, Augustus, no puedo esperar más! Quiero mi ración, y si no me la das, me la proporcionaré yo como sea… El profesor…

—¡El profesor, no! Es el testigo imparcial que necesitamos. Ten un poco de paciencia, te lo ruego.

La pareja se perdió en dirección a la cocina. Atraído por una invencible curiosidad, Hyames descendió la escalera.

Alguien protestó de mal talante, con rudo acento:

—¡Otra vez, no, demonios!

—Vamos, vamos, Hans, sé complaciente con la señora…

—Esa bruja me da asco.

Se oyó un seco chasquido. Hyames reconoció el inconfundible sonido de una bofetada.

—Cuando hables de la señora, emplea mejores palabras, Hans —advirtió Krapfer airadamente.

—Lo siento, señor —dijo Dehler humildemente—. Se me escapó sin querer…

—Vamos, vamos, tengo prisa… —pidió Elizabeth, acuciante.

Hyames se acercó aún más a la cocina. A través de una rendija, contempló una escena que le puso los pelos de punta, a la vez que le hacía dudar de la integridad de sus sentidos.

Dehler se había remangado la camisa hasta más arriba del codo izquierdo. Krapfer, con una lanceta, hizo una incisión en la vena.

El criado lanzó un gruñido. Se estremeció un poco, pero permaneció firme.

La sangre brotó de la herida. Lo más horrible, para Hyames, era que Elizabeth estaba junto a Dehler, sosteniendo una taza con las manos.

Y la sangre caía en la taza.

—Basta ya —gruñó Dehler de pronto.

—Un poco más, un poco más… —suplicó la mujer ávidamente.

Dehler dejó transcurrir cinco segundos. Luego bruscamente, agarró un trapo y se tapó la incisión.

Hyames sintió unas arcadas violentísimas. Ni siquiera quiso contemplar la escena, imaginándose sobradamente lo que Elizabeth iba a hacer con el rojo líquido contenido en la taza.

Pero un instante después, atraído por un morboso sentimiento de curiosidad, volvió a mirar.

Había unas gotitas de color escarlata en el mentón de Elizabeth. Su rostro aparecía

completamente transformado. Incluso daba la sensación de ser otra mujer.

Luego, de pronto, puso una mano en el brazo de Krapfer.

—Tienes que buscarme más —dijo—. No puedo vivir siempre de Hans.

Krapfer emitió un gruñido.

—¿A quién diablos quieres que traiga? No hay nadie más en el castillo… excepto el profesor, naturalmente.

—No, Hyames no —protestó la mujer. Krapfer lanzó una risita burlona.

—¿Te has enamorado de él? ¿Un hombre diez o doce años más joven que tú?

Los ojos de Elizabeth centelleaban. Hyames se dio cuenta de que no era sino una pobre demente, una psicópata, con la obsesión de que sólo la ingestión de sangre humana podía permitirle una mejoría en su estado físico.

—No, al profesor, no —insistió ella—. Déjale en paz… Tú mismo has dicho antes que es el testigo imparcial que necesitamos. Hace un momento estaba como loca y le hubiera aceptado…, pero ahora, no. ¿Me entiendes?

Krapfer se encogió de hombros.

—De todas formas, tenemos que darnos prisa —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Elizabeth.

—Estoy seguro de que alguien más sabía que Gnássel venía al castillo. Ya sabes la clase de tipo que era. Si sus amigos empiezan a ver que se retrasa, puede que se les ocurra acercarse a investigar.

—Está bien, antes de mañana, habremos solucionado este asunto. Elena se ha mostrado muy terca hasta ahora, pero, créeme, no llegará al nuevo día sin que haya soltado todo lo que sabe. Y yo me encargaré de que hable, ¿comprendes?

Hyames se retiró prudentemente, a fin de que no se dieran cuenta de que había presenciado la escena. Sin embargo, había oído lo suficiente para darse cuenta de la situación en general.

El lazo que unía a Krapfer y a Elizabeth le resultaba desconocido. No eran esposos, puesto que utilizaban apellidos diferentes, aunque tampoco era un dato de interés. En cambio, sí había otro lazo que les unía con siniestra fuerza: la sangre, y no en el sentido de parentesco, sino en un sentido auténticamente real.

¿Dehler?

Un pobre hombre, robusto, fornido… que incluso podía resultar atractivo para algunas mujeres, pero de escasas luces. Casi con seguridad, su mente estaba menos desarrollada que la del desgraciado Stepan.

Atravesó las cortinas que daban al pequeño vestíbulo y luego abrió el portón, que chirrió levemente. Dejándolo en esta posición, volvió junto a las cortinas y espió el salón desde aquel lugar.

A los pocos momentos, Krapfer y Elizabeth salieron de la cocina. Dehler les seguía.

—A la noche iré a ver a la prisionera —dijo Krapfer—. Mientras tanto, que se aguante hoy sin comer ni beber.

—Está bien —accedió ella—. Hans, deberías partir leña…

—Ahora, no —contestó el individuo hoscamente—. Voy a descansar un rato. He perdido

sangre, me parece.

La objeción fue aceptada sin más. Hyames aguardó unos momentos y entonces, saliendo al exterior, corrió al cobertizo de las herramientas y buscó un pico, eligiendo el que le pareció tenía el mango más sólido, y una fuerte barra de hierro.

Era lo que necesitaba para romper la pared tras la cual se hallaba Elena. Además, debería emplear también el gato, que seguía en el mismo sitio, bajo los arbustos.

Con las tres herramientas, se situó al pie del cuadro. Esta vez ya que conocía la forma de abrir, no necesitó traer la escalera de la biblioteca. Uno de los sillones le sirvió para poder llegar a la altura deseada, conseguido lo cual, dejó las herramientas en el túnel y volvió a bajar, para dirigirse de nuevo hacia la cocina.

Ahora podía obrar sin prisas, puesto que los otros se hallaban en el piso superior. Encontró un termo y lo llenó de café caliente. Luego, en una bolsa, puso unas rebanadas de pan, mantequilla, jamón cocido y un par de naranjas.

Volvió a la entrada del túnel. Arrodillado en el suelo, apartó el sillón a un lado, a fin de que no quedase al pie del cuadro y pudiera hacer entrar en sospechas a los habitantes de la casa. Luego encendió la vela y cerró.

Lo primero que hizo fue llevar las provisiones a la prisionera.

—Elena, aquí tiene comida y café caliente —anunció.

—Me dan ganas de lanzar un hurra en su honor —dijo ella—. A veces pienso que debo considerarlo como mi genio protector.

—Sólo soy un hombre como los demás, enemigo de ciertas situaciones. Elena, he traído herramientas.

Ella suspiró.

—Si hoy pudiera salir de aquí…

—Lo intentaré.

Volvió en busca de las herramientas. Puso la vela en un hueco de la pared y empezó a golpear suavemente las piedras cercanas en torno al agujero.

Dos horas después, había conseguido desencajar una gruesa piedra. La barra de hierro le había sido de gran ayuda, pero al terminar la primera parte de la tarea, se encontró con un grave inconveniente.

—Elena, la vela está a punto de consumirse —dijo—. He sido imprevisor, debí haberme traído velas en abundancia.

—No se preocupe —sonrió ella—. Esperaré.

Con los últimos resplandores, Hyames recogió los trozos de cemento que habían caído al suelo a los golpes de pico y los arrojó a un rincón donde no serían fácilmente vistos. El gato pasó al otro lado, en tanto que el pico y la barra quedaron colgados de uno de los peldaños de hierro que había utilizado días antes, cuando subía y bajaba por el viejo conducto de aireación.

—Un poco más de paciencia, Elena —rogó él. La joven sonrió.

—Estoy casi como nueva. Me he dado un banquete, profesor.

—Mi nombre es Sheldon —le recordó Hyames—. Ah, esconda el termo bajo su camastro; cuando vaya a traerle más café, ya se lo pediré.

Giró sobre sus talones y caminó con paso rápido a lo largo del túnel. La vela se acabó cuando ya llegaba a la puerta.

Empezó a abrir muy despacio. Era preciso actuar con el máximo de precauciones. Entonces oyó voces poco amables en el salón:

—Yo soy Eric Thorgen —dijo un hombre—. Éstos son Kurt Mowasch y Fred Hinner.

—Encantado, caballeros —dijo Krapfer—. Y ahora, díganme, ¿podemos serles útiles en algo?

—Sí —contestó Thorgen—. ¿Dónde está el señor Gnássel?

Un profundo silencio se extendió por el salón.

—¿A qué viene esa pregunta? —exclamó Krapfer, con acento de ofendida dignidad.

—Es muy sencillo —dijo Thorgen, que era quien parecía llevar la voz cantante—. El señor Gnássel vino aquí a una de estas dos cosas: llevarse una mercancía… o recobrar el dinero que les había prestado.

Krapfer se echó a reír.

—Ah, de modo que eso es lo que buscan ustedes —dijo con acento jovial—. ¿Acaso son socios de Gnássel?

—Bueno, así podría decirse…

—En tal caso, lo siento por ustedes. Temo que el señor Gnássel haya traicionado a sus socios.

—¿Qué es lo que quiere decir? —exclamó Mowasch.

—Muy sencillo: Gnássel recibió la mercancía y canceló la deuda.

—¿Y se marchó? —inquirió Hinner.

—Aquí no se quedó —contestó Krapfer con aire indiferente.

—No le creo —gruñó Mowasch.

—Ustedes estaban sin blanca; le debían mucho dinero a cuenta —rezongó Thorgen. Krapfer metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de billetes.

—El señor Gnássel canceló su deuda —insistió.

Hyames, que lo escuchaba todo, tenía la absoluta seguridad de que el dinero que mostraba Krapfer procedía de Schetz y de Gnássel, saqueados sus cadáveres antes de ser arrojados a un lugar desconocido. Pero el gesto de Krapfer habla sido suficiente para desconcertar a los tres individuos.

La voz de la falsa Elena resonó de pronto:

—Así es, caballeros, y todo lo que les ha dicho el señor Krapfer no es sino la expresión de la verdad.

CAPÍTULO XIII

Thorgen y sus acompañantes parecían convencidos. Pero, de repente, uno de ellos exclamó:

—¡Maldición, no! ¡Rupert no habría desaparecido sin darnos nuestra parte en el negocio! Le conocía bien, era un buen muchacho y nunca nos hubiera traicionado.

—Ah, habla del señor Gnássel como si no perteneciese ya al mundo de los vivos —dijo Krapfer cáusticamente.

—Si Rupert no ha vuelto con la joya, es que se quedó aquí. Muerto —declaró Mowasch hoscamente.

—Estoy contigo, compañero —añadió Hinner.

—¡Lo que están es locos de remate! —gritó Krapfer—. ¡Les digo que Gnássel se marchó!

—Al otro mundo en todo caso —gruñó Thorgen—. Señor Krapfer, es muy sencillo: no creemos su historia.

Elena intervino:

—Por favor, llame al criado para que acompañe a estos sujetos, que no tienen la menor idea de la caballerosidad. Aquí están molestando.

—Sí, señora condesa —respondió Krapfer.

Y se acercó a uno de los cordones que había en la pared, junto a la panoplia con las armas.

Tiró del cordón. Dehler apareció a los pocos momentos.

—Señora condesa…

—Hans, acompañe a estos hombres —dijo la falsa Elena con voz helada.

—Bien, señora condesa. Por favor, caballeros…

Dehler se acercó a Mowasch.

—¡No quiero irme! —gritó el sujeto—. No me iré sin antes…

Dehler le empujó.

—Le han dicho que se vaya —gruñó.¬

Mowasch le golpeó en la cara. Dehler se tambaleó un instante, pero, rehaciéndose, disparó su puño derecho, derribando al individuo.

Entonces, Mowasch, loco de ira, sacó una pistola y, desde el suelo, disparó tres veces. Dehler emitió un gemido de agonía. Sus manos se crisparon un instante sobre el pecho; luego dio dos o tres pasos vacilantes y cayó al suelo.

—¿Qué ha hecho? —gritó Elena con espanto—. ¡Ha matado a mi, mí…!

Mowasch parecía aturdido. De repente, Krapfer descolgó una espada de la panoplia y atacó.

Hinner lanzó un chillido cuando el acero le traspasó de parte a parte. Su cuerpo se convulsionó un instante, antes de rodar al suelo, casi encima de Mowasch.

En aquel instante, Mowasch se disponía a hacer fuego. El disparo salió desviado. Thorgen saltó un poco. La bala le había alcanzado bajo la mandíbula, llegando hasta el cerebro.

Como si hubiera enloquecido de repente, Krapfer se precipitó sobre Mowasch, dispuesto a atravesarle con la espada. Súbitamente, Elena lanzó un agudo grito:

—¡No, a ése no; guárdalo para mí!

Krapfer se detuvo. La punta de su espada se apoyaba con fuerza en el pecho de Mowasch, cuyo

rostro aparecía ceniciento.

Una extraña sonrisa apareció en los labios de Krapfer.

—Sí —dijo al fin—, tienes razón, querida; debo guardarlo para ti. Pero ¿quién lo hará, puesto que Hans está muerto?

Elena dijo algo, que el horrorizado Hyames no pudo escuchar. Krapfer asintió:

—Es verdad, no había caído en ello. Pero tendremos que arreglarlo todo para que lo haga sin obstáculos.

—No te preocupes; yo me encargaré de ello. ¿Habrá oído los disparos?

—Creo que ha salido a pasear. Hans dijo antes que no estaba en su habitación.

—Entonces, démonos prisa; hemos de retirar los cadáveres antes de que sea demasiado tarde.

—Voy a buscar la escalera —anunció Krapfer.

Hyames comprendió las intenciones de la pareja. Si no se daba prisa, le sorprenderían en el túnel.

Terminó de cerrar y retrocedió corriendo. La prisionera oyó sus pasos.

—¿Quién es? —preguntó.

—Elena, no diga nada, no llame la atención de esa pareja de criminales. Acaban de morir tres personas y sospecho que las van a traer a un cuarto secreto que hay cerca de aquí.

—Sheldon, si se queda, le verán…

—Tengo un recurso. En último caso, sabría defenderme con el pico y la barra. Oculte el gato, por favor.

—De acuerdo.

Una voz sonó en la entrada del túnel:

—Ya puedes ir preparando agua en gran cantidad. El suelo del salón está hecho un asco.

—Tú ocúpate de Mowasch en primer lugar y luego de los muertos. El resto queda de mi cuenta —contestó la falsa Elena.

Krapfer emitió un gruñido:

—Vamos. Mowasch, camine… y recuerde que ahora, su propia pistola le apunta a la espalda.

Hyames saltó un poco hacia arriba. Agarró el primer peldaño de hierro y trepó hasta el punto más alto del hueco ventanal.

Mientras se refugiaba en aquel lugar, pensó que la leñera había sido tapiada de nuevo, no porque supieran que él había conseguido encontrar a la prisionera, sino, precisamente, para que no oyera sus gritos pidiendo socorro.

Krapfer pasó por debajo de él, empujando a Mowasch, y no se le ocurrió mirar hacia arriba.

* * *

El salón había recobrado su aspecto normal. Hyames se asomó cautelosamente y, viendo que no había peligro, saltó al suelo.

Subiría un rato a su habitación, se dijo. El tiempo, aunque no era bueno, había mejorado un tanto.

La lluvia había cesado. Luego se iría a dar un paseo, o al menos, lo diría como excusa.

Así podría continuar trabajando para liberar a Elena.

Necesitaba un buen trago. Después de todo lo que había visto desde su escondite…, los sucesivos viajes de Krapfer cargado con los cadáveres…

Era algo que se borraría difícilmente de su memoria. Krapfer podía no ser un demente, pero se portaba como tal. Claro que la ambición era el motivo principal de sus actos.

¿Y Elizabeth?

Con la copa en la mano, contempló fijamente el retrato de la condesa María. Sí, el parecido con Elena era extraordinario, aunque a la luz del día, con un cielo menos velado, se podían apreciar ciertos matices de diferenciación.

Y la famosa diadema…

¿Era una joya real? ¿Seguía escondida en el castillo?

De pronto, pareció como si un rayo de sol intentase traspasar la espesa capa de nubes.

La luz que entraba por la ventana iluminó el cuadro con más fuerza.

Hyames dio un paso. El cuadro…

De repente, acometido por un súbito presentimiento, dejó la copa a un lado y agarró un sillón de cuero y madera. Colocó el mueble bajo el cuadro y trepó a los brazos.

Desde allí podía rozar con los dedos el trozo de pintura que reproducía la diadema. Había en la tela una serie de ligeros relieves que no se podían achacar precisamente a las gruesas pinceladas trazadas por el pintor para reproducir la joya.

Empleando las yemas de los dedos, presionó con fuerza varias veces. De repente, oyó un ligero chasquido.

La diadema pintada giró hacia abajo. Algo salió de la abertura. Hyames apenas si tuvo tiempo de recogerlo en las manos.

Era un objeto envuelto en un trozo de grueso tejido de terciopelo. Al tacto, Hyames adivinó de qué se trataba.

Saltó al suelo. Casi temblaba cuando empezó a desenvolver el paquete.

La diadema apareció ante sus ojos, con todo su esplendor, refulgiendo con increíble belleza… una catarata de luces blancas, rojas y verdes, en una montura de oro elaborada por las manos de un orfebre de gusto exquisito.

Hyames pensó con alegría en la prisionera. Los problemas económicos de Elena se habían acabado.

Durante largos minutos, permaneció inmóvil, casi con la respiración en suspenso, contemplando la joya. Al fin, haciendo un esfuerzo, consiguió sustraerse al encanto que en su ánimo producía la vista de la diadema.

La envolvió de nuevo en el terciopelo. Subió al sillón y guardó el bulto en el hueco. Luego empujó hacia arriba el fragmento de la tela, tras el cual había una pequeña armazón de madera, que le confería la rigidez suficiente para mantenerse como formando parte integrante del cuadro, sin que fuese fácil advertir el engaño.

Terminada la labor, bajó de nuevo al suelo. Debía premiarse con una copa, se dijo.

Luego abandonó la habitación. Elizabeth descendía en aquellos momentos a la planta.

—Señora Károly —llamó. Ella se volvió.

—Ah, profesor —sonrió—. ¿Desea algo de mí? Voy a preparar la comida; Stepan se ha marchado y Hans se encuentra indispuesto.

No necesito que se moleste por mí, señora; no tengo apetito. En todo caso, cuando vuelva del paseo. Deje unos bocadillos preparados en la cocina.

—Muy bien, como usted guste, profesor.

Elizabeth continuó su descenso. Hyames continuó todavía unos momentos en el mismo sitio.

¿Dónde estaba Krapfer?, se preguntó.

Tal vez descuartizando los cadáveres, para lanzar sus restos a algún sitio donde no pudieran ser encontrados jamás.

El pensamiento le hizo estremecerse. Pero reaccionó y corrió escaleras abajo. Momentos después, abría el cuadro una vez más.

—Elena —llamó al hallarse frente al calabozo.

—¿Qué ha pasado, Sheldon? He oído ruidos muy raros…

—Mejor será que no piense en ello. Aguarde un momento, por favor.

Hyames corrió a lo largo del túnel de la derecha. Abrió la puerta y se encontró en la habitación de las ejecuciones.

El suelo estaba limpio. A Mowasch no se le veía por ninguna parte. Habría muerto también, pensó.

De pronto, se fijó en un detalle que le había pasado desapercibido hasta entonces. Al fondo, junto a las cortinas, había una especie de tapa circular de madera, de un metro de diámetro, aproximadamente.

Cruzó la tétrica estancia. La tapa disponía de una anilla, que le sirvió para tirar y alzarla a un lado.

Algo salió en el acto del pozo que había bajo la tapadera. No era nada tangible, pero el hedor de cuerpos en putrefacción le hizo sentir unas horribles náuseas.

CAPÍTULO XIV

La segunda piedra quedó suelta. Ahora había un hueco de unos sesenta centímetros de largo por la mitad de ancho.

—Elena, necesito quitar dos piedras más —dijo Hyames, empapado en sudor de pies a cabeza.

—Está bien, no se fatigue por mí…

—Deme el termo; iré a la cocina y trataré de llenarlo de café caliente.

Elena se puso en pie. Las cadenas tintinearon.

Ella necesitaba estirarse por completo y aún alargar el brazo. La cadena se ponía tensa entonces e Hyames, metiendo la mano por el hueco, podía alcanzar la mano de la prisionera.

—Espere un momento —dijo, después de tener el termo en su poder.

Elena le miró intrigada. Hyames volvió a meter el brazo y apretó la mano de la muchacha.

—Sólo quería esto —sonrió.

Una dulce sonrisa apareció en los labios de la muchacha.

—Es un contacto muy reconfortante —aseguró.

Hyames se dispuso a abandonar el túnel. Entonces, Elena le llamó:

—Por favor, no se vaya todavía. Deje las herramientas aquí dentro. Tal vez yo pueda hacer algo mientras tanto.

—Muy bien, es una excelente idea.

Hyames se dirigió hacia la salida. Mientras caminaba, pensó si conseguiría llegar al fin de aquella horrible pesadilla.

Así la calificaba, aunque los hechos de que había sido protagonista no tenían nada de sueños. En aquella horrible mansión se habían cometido una serie de espantosos crímenes, ejecutados por dos locos, cuyas mentes estaban totalmente perturbadas Había algo coherente, sin embargo, en la actuación de aquella pareja; el deseo de conseguir la diadema. Pero ¿qué harían después? ¿Vender la joya para tener el dinero suficiente con el cual poder satisfacer sus monstruosos extravíos?

Llegó a la cocina y comió un poco; sentíase desfallecido. Luego preparó el termo con café.

Cuando salía, oyó la voz de la otra Elena en el piso superior:

—Sheldon.

Hyames se apresuró a esconder el termo a su espalda.

—Bueno, pronto será de noche… He hecho un poco de café para tomarlo más tarde en mi habitación… Así no tendré que molestar a la señora Károly…

—Tú no molestas nunca, querido.

Elena hizo surgir un brazo de la masa de tules en que envolvía su cuerpo.

—Ven —llamó con su voz más dulce.

Hyames titubeó un instante.

—Ven, sube —insistió ella.

El joven se resignó. Algo que debía permanecer en secreto era que conocía la situación de la verdadera Elena y el escondite de la joya.

Quizá, se dijo, la falsa condesa no era sino una joven persuadida por dinero para desempeñar el papel. En todo caso, no podía traicionarse a sí mismo ni traicionar a la verdadera Elena.

Dejó el termo encima de un viejo arcón y emprendió el ascenso. Elena le aguardaba al final de la escalera.

—Ven —dijo una vez más—. Deseo tomar una copa en tu compañía.

Ya había anochecido. Al entrar en la habitación, Hyames se percató de la extraña coloración de las llamas de las velas. El olor era denso, pero casi resultaba nauseabundo por su misma intensidad.

Ella se situó a contraluz. Quería destacar los contornos de su silueta, para hacerse atractiva a los ojos de su visitante.

Hyames se acercó, reticente. La falsa Elena había llenado ya dos copas y le miraba con un fulgor extraño en sus ojos.

—Parece como si me temieras —dijo.

—¿Temerte? —Hyames rió—. Jamás he sentido el menor temor de una mujer hermosa.

—Es que dudas… A veces tengo la impresión de que me crees descendiente y heredera del conde Karl, aquel que estuvo en Transilvania y, según la leyenda, volvió convertido en un vampiro.

Hyames tomó un trago de licor.

—Tú no me morderías en el cuello para sorber mi sangre —dijo. Elena levantó su copa.

—No tengo tan malas costumbres —respondió—. ¿Por qué hacer una cosa así, cuando hay algo mucho mejor, como este vino?

—Eso sí es verdad —convino Hyames, nervioso porque en aquellos momentos le hubiera gustado hallarse junto a la prisionera y no con su doble.

La mujer terminó de beber y se acercó a Hyames con paso insinuante.

—Tú no has bebido apenas —dijo.

—Es que estaba pensando en una cosa…

—Dime, quizá yo pueda satisfacer tu curiosidad.

—¿Es cierto que en esta casa hay una joya de enorme valor?

—¿Quién te lo ha dicho? —Se sorprendió ella. Hyames se encogió de hombros.

—Lo he oído —evadió una respuesta concreta.

—No es cierto —dijo Elena.

—Bueno, no quise molestarte…

—Dispénsame, he perdido los nervios un instante.

—¿Acaso nos está escuchando alguien?

—¿Quién podría oírnos? Estamos solos, Sheldon.

—Bueno, yo me refería…

Ella le echó los brazos al cuello.

—Estamos solos, repito —susurró.

—Si tú lo dices. Pero me sabría muy mal que nos sorprendiera Elizabeth.

—¿Elizabeth? ¡Qué tontería! Está en su cuarto…

—El cual, muy probablemente, se comunica con éste.

Los ojos de la mujer chispearon.

—No digas estupideces —se apretó más todavía contra el joven—. Insisto, una vez más, en

que estamos solos.

—Hace unas noches, precisamente, la primera en que me invitaste a tu habitación, yo entré en la que creía era tu dormitorio. Entré allí, pero la que estaba en el dormitorio era Elizabeth, la cual, con palabras muy corteses, pero irónicas, me indicó tu habitación.

—Es una mujer muy amable. No quería que el invitado se sintiera insatisfecho.

—Quizá. Pero también pudo ocurrir que luego pasara a tu dormitorio, mediante la pasarela de comunicación. Cambiarse el peinador no es cosa que cueste mucho.

—No, desde luego.

Elena seguía apretándole con fuerza. Hyames estudió su rostro con mirada penetrante.

—Cuando yo entré, tú estabas en el cuarto de baño… ya te habías cambiado el peinador, pero hacías otra cosa —continuó.

—¿Por ejemplo?

—Colocarte la máscara que imita tan bien las facciones de la auténtica Elena von Hárvothy.

La mano de Hyames se alzó de pronto y tiró de la piel de la nariz. Se oyó un leve siseo y toda la piel del rostro se separó de golpe.

Pero, al mismo tiempo, otra mano actuó con no menor rapidez y se apoderó del revólver que Hyames tenía en la pretina del pantalón.

Ella saltó hacia atrás. Hyames, paralizado por la sorpresa, quedó con la máscara en la mano, mientras Elizabeth Károly le apuntaba con el revólver.

—No te muevas —dijo—. No te muevas o dispararé a matar.

—Y en el acto, te arrojarías sobre mi cadáver para beberte mi sangre.

* * *

La mano de Elizabeth tembló visiblemente.

Por un instante, Hyames llegó a creer que ella apretaría el gatillo. Pero la señora Károly hizo un esfuerzo y consiguió dominarse.

—Es una lástima —dijo.

—Sí, alguien me necesita como un testigo imparcial. Si un día yo me iba de aquí, declararía que Elena von Hárvothy era la autora de todo lo ocurrido, ¿no es así?

—Ella es la culpable y nosotros tendremos la diadema.

—Ah, pero ¿vive?

—Sí, aunque nunca la encontrarás.

La mente de Hyames funcionó con rapidez. Quizá se habían dado cuenta de que había conseguido llegar al viejo cañón de chimenea… o tal vez habían pensado en que, desempeñando Elizabeth el papel de Elena, él pensaría algún día que era la joven quien había inducido a los otros a cometer los crímenes.

—¿Vas a matarla? —preguntó.

—No, por ahora —contestó Elizabeth—. La necesitamos.

—¿Para qué?

—Elena sabe dónde está la joya. Es una chica de mucho carácter. Pero esta noche hablará.

—Torturada, sin duda.

Una risa siniestra brotó de los labios de Elizabeth.

—Encontraremos los medios de obligarla a hablar —contestó—. De todas formas, tú no lo verás.

Hyames se dio cuenta de que Elizabeth estaba ignorante por completo de sus visitas a la prisionera. Era mejor así, se dijo.

Aquellos criminales hablan confiado demasiado en sí mismos. Las apariciones de Elizabeth y la falsa Elena, alternativamente, les habían hecho pensar que el huésped resultaría engañado. Pero, en el fondo, había algo más que una joya: había dos psicópatas, con las mentes alteradas por una maligna obsesión.

La obsesión de la sangre humana.

—Bien —dijo al cabo—, ¿qué es lo que harás para que yo no vea el tormento de Elena?

Una sonrisa indefinible apareció en los labios de Elizabeth.

—No tardarás en saberlo —contestó.

Súbitamente, levantó la mano armada y disparó dos tiros hacia el techo.

Las detonaciones resonaron estruendosamente. Hyames comprendió los propósitos de Elizabeth y dio un paso hacia adelante, pero ella le paró en seco, apoyando la boca del arma en su propio rostro.

—Quieto ahí —dijo.

Hyames se detuvo, tratando de dominar la furia que sentía.

Por primera vez en su vida, notó en su ánimo deseos de matar a una persona. Aquella mujer no merecía vivir, se dijo.

La puerta se abrió de pronto.

—¡Elizabeth! —gritó Krapfer.

—Entra, querido —dijo ella. Krapfer franqueó el umbral.

—¿Por qué has disparado? —preguntó.

—Para avisarte. Lo sabe todo —contestó ella.

Krapfer vio la máscara caída en el suelo y comprendió en el acto lo que había ocurrido. Pero era un hombre de rápidas reacciones y no tardó mucho en tomar una decisión.

—¿Habías preparado el licor de su copa, Elizabeth? —preguntó.

—Sí, Augustus.

—Bien, entonces, que beba. ¿Ha oído usted, profesor?

Hyames no dijo nada. Tomó la copa, se la llevó a los labios y vació su contenido sin titubear.

CAPÍTULO XV

Despertó, tendido en el suelo, sintiendo un fortísimo dolor de cabeza. Pasaron algunos minutos, antes de que se diera cuenta exacta de su situación.

—¿Qué, se encuentra mejor? —dijo alguien. Hyames hizo un esfuerzo y se sentó en el suelo.

El hombre que estaba a un par de pasos de distancia, atado como él, era uno de los tres que habían llegado en busca de Gnássel.

—Usted es…

—Mowasch, Kurt, a sus órdenes, señor…

—Sheldon Hyames, tan prisionero como usted, amigo Kurt.

—Estamos en mala situación, Sheldon —dijo Mowasch—. ¿Qué podríamos hacer para largarnos de aquí?

—Lo primero de todo, intentar soltarnos. Usted tiene las manos atadas a la espalda.

—Sí.

—Yo también. Vamos a ver si nos ayudamos recíprocamente y podemos salir de aquí.

Mowasch hizo un gesto pesimista.

—Lo dudo mucho —dijo—. Ni siquiera sé dónde estoy.

Hyames contempló un instante los pesados cortinajes que había a pocos pasos de distancia. Al otro lado, se dijo, estaba la habitación donde habla visto decapitar a dos hombres.

Y también el pozo de los horrores…

—¿Le trajeron aquí desvanecido? —preguntó.

—Sí. Me hicieron tragar una pócima, poniéndome una pistola en la cabeza. El tipo aseguró que sólo se trataba de un narcótico. Por eso bebí.

Hyames soltó una risita.

—No varían fácilmente de métodos —dijo.

Moviéndose con dificultades, consiguió situar su espalda junto a la de Mowasch.

—Animo, Kurt, vamos a intentarlo.

—Ojalá salga todo bien —suspiró el otro—. Esa pareja de criminales parecen ávidos de nuestra sangre…

—Jamás ha dicho nada tan cierto, Kurt. Pero, dígame, ¿por qué vinieron al castillo?

—Bueno, la verdad es que no éramos unos santos… aunque tampoco nos habíamos metido jamás en asuntos… de sangre. Claro está que más de una vez amenazábamos a la gente… Alguno se llevó unos cuantos golpes, pero todos, en general, cancelaban sus deudas.

—Menos Krapfer.

—Sí. Rupert vino aquí. Esos tipos nos debían cinco mil marcos. Krapfer aseguró que aquí había una joya que valía varios millones. Rupert se informó. Había una leyenda sobre una diadema muy valiosa, escondida desde hacía muchísimos años en alguna parte. Parecía un asunto viable.

—Y Rupert vino y le cortaron la cabeza.

—Bueno, le pegarían dos tiros…

—Kurt, le cortaron la cabeza.

Mowasch se estremeció.

—Sheldon, no se burle de mí —dijo.

—Yo lo vi —contestó el joven serenamente, sin dejar de mover los dedos.

—¿Y por qué diablos no lo denunció…?

—Primero, quería seguir con el cuello intacto. Segundo, la auténtica dueña del castillo está prisionera, en un calabozo, donde la tenían a pan y agua para que diga dónde está escondida la diadema.

Mowasch se estremeció.

—No es posible que haya personas tan crueles —dijo.

—Usted no conoce, ni siquiera sospecha, la décima parte de lo que ha pasado aquí. Y yo lo he soportado, porque quería liberar a Elena von Hárvothy, aunque todavía no lo he conseguido.

—Es horrible, horrible…

—Aún hay cosas peores, y no las cuento para que no vomite. ¿He conseguido algo en sus nudos, Kurt? —preguntó de pronto.

Mowasch hizo un esfuerzo.

—Todavía no. ¿Quiere que empiece yo ahora?

—Bueno.

Los dedos de Mowasch tantearon en los nudos de la cuerda que ataba las muñecas de Hyames. Al cabo de unos momentos, Mowasch, desalentado, cesó en sus esfuerzos.

—Lo siento —dijo—. No sirvo para esto.

—Yo tampoco —manifestó Hyames—; pero, amigo, lo que está en juego es nuestra propia supervivencia.

De pronto, recordó algo que le hizo sentirse más esperanzado.

Estaban allí, atados simplemente de manos, porque Krapfer y Elizabeth creían que ellos desconocían el lugar. Era cierto, al menos, en el caso de Mowasch, pero no en el suyo.

—Kurt, ¿le trajeron dormido? —preguntó.

—Sí. Me obligaron a beber una pócima… Se lo he dicho antes, Sheldon.

—Es verdad, ya lo había olvidado. Bien, creo que he encontrado la solución. Haga un esfuerzo y póngase en pie, Kurt.

Hyames giró a un lado y procuró ponerse primero de rodillas. Luego alzó una pierna y a continuación levantó la otra.

Mientras lo hacía, pensó en Elena. ¿Qué haría la prisionera en su calabozo?

«Mientras no le haya ocurrido nada…», pensó, recordando los proyectos de tortura anunciados por aquella pareja de sádicos criminales.

Mowasch también consiguió levantarse. Hyames se dirigió a las cortinas, que empujó con los hombros, hasta encontrar una abertura, por la cual pasó al otro lado.

La cámara de ejecuciones apareció ante sus ojos, tétricamente iluminada por dos candelabros de tres brazos. Uno de ellos tenía las velas con llamas verdosas. El olor, pese a que en los primeros instantes parecía agradable, llegaba a resultar insoportable.

Mowasch lanzó una exclamación de horror al contemplar aquel siniestro espectáculo.

—¡Rayos! ¿Adónde diablos hemos venido a parar?

—Kurt, lo crea o no, éste es el sitio donde yo vi cortar la cabeza a dos sujetos, uno de ellos su

amigo Gnássel. ¿Sabe lo que hizo después la señora Károly?

—Nada bueno —gruñó el sujeto.

—Mire ese cuenco que hay al pie del tajo. Lo llenó de sangre y se la bebió.

Un ruido raro brotó de la garganta de Mowasch. Hyames se volvió y divisó al individuo haciendo extraños visajes.

—Voy a vomitar… —dijo Mowasch, con la cara verdosa, pero logró contener las arcadas que sacudían convulsivamente su estómago—. Oiga, amigo, ¿cómo es posible que haya gente de ese calibre? Yo había oído hablar de vampiros, pero…

—No se trata de vampirismo, sino de una enfermedad mental, tal vez autosugestión, deformación de la mente… lo que usted quiera, Kurt. Ella piensa que bebiendo sangre se siente mejor, como usted cuando se toma un trago de licor… y eso es todo.

—Sheldon, en esta ocasión, usted manda. Dígame qué debo hacer, le obedeceré en todo, porque una cosa es segura: no estoy dispuesto a que esa pájara se beba mi sangre.

De pronto se estremeció.

—Oiga… ¿se habrá bebido la sangre de… de los otros…? —añadió con voz débil.

A pesar de que tenía las manos atadas a la espalda, Hyames consiguió encogerse de hombros.

—No puedo decir nada de lo que no he visto —contestó—. Vamos, Kurt, basta de charla. ¿Ve el hacha?

—Sí. ¡Cielos, eso cortaría el cuello de un hombre como si fuere un espárrago!

—Ya ha cortado dos, por lo menos.

Mowasch cerró los ojos. Se mareaba.

Reaccionó cuando Hyames le dio un empujón con el hombro.

—Vamos, Kurt, deje el miedo a un lado. Eso no nos ayudará en absoluto.

—Sí, sí… dígame, Sheldon…

—Venga aquí.

Mowasch le siguió.

—Mire, lo que debe hacer es sujetar con las rodillas el mango del hacha y apretar fuerte, de modo que el filo quede hacia afuera. ¿Lo ha entendido?

—Sí, desde luego.

—Entonces, yo me sentaré en el suelo de espaldas a usted y procuraré mover las manos, de modo que las cuerdas rocen el filo. Eso es todo.

—Sen… sencillo —tartamudeó Mowasch.

Hyames torció el gesto. Mowasch parecía desmoralizado y sus movimientos no eran precisamente un prodigio de exactitud. Si el mango del hacha caía al suelo, costaría mucho más ponerla en posición.

Y el tiempo contaba, sobre todo, teniendo en cuenta la relativa proximidad de Elena. Pero había una cosa que le tranquilizaba.

Elena no gritaba. Hyames pensaba que, caso de hallarse sometida a torturas, gritaría y su voz se oiría desde aquella siniestra estancia. Ello le dio más ánimos para instruir a su compañero en la forma mejor de actuar para escapar.

Al fin, Mowasch consiguió sujetar el mango del hacha con las piernas.

—Ya está —dijo, con un suspiro de alivio.

—Bueno, amigo, es nuestra ocasión. Aguante o no llegaremos vivos a mañana.

—Pero ellos tienen pistolas…

—¡Deje eso ahora! —exclamó Hyames, furioso—. Ocupémonos solamente de soltarnos las manos. Las preocupaciones por las armas de fuego ya llegarán en su momento. Aguante firme el mango, ¿entendido?

—Si… si, lo que diga…

Hyames se sentó en el suelo. A pesar de la baja temperatura, sudaba abundantemente.

A saltitos, consiguió retroceder, a la vez que alargaba los brazos todo lo posible, para tantear el filo del hacha. De pronto, Mowasch dijo:

—Ya está, amigo. Ahora, mueva las manos arriba y abajo. Si se desvía, yo se lo indicaré.

—Estupendo, Kurt.

Hyames sabía que el filo del hacha, en media luna hacia fuera, medía casi cuarenta centímetros de largo. Con las yemas de los dedos, tanteó el metal. Luego, poco a poco, empezó a rozar las cuerdas con aquel filo que parecía el de una navaja de afeitar.

Las piernas de Mowasch resultaron ser más consistentes de lo que el propio Hyames había sospechado. De cuando en cuando, Mowasch le daba indicaciones acerca de la trayectoria que debía seguir en sus movimientos, para no herirse en las muñecas.

—A ver, pruebe ahora con un tirón —dijo Mowasch súbitamente. Hyames hizo fuerza. Sonó un chasquido y sus brazos se separaron.

—Lo ha conseguido —exclamó Mowasch, casi con un grito de alegría.

Ahora, Hyames podía apoyarse en el suelo con las manos. Hizo una contorsión y se puso en pie de un salto.

—Vamos, suélteme, Sheldon —pidió el otro ansiosamente.

—Aguarde. Tengo los dedos entumecidos. Mis manos están libres, pero hay cuerda en torno a las muñecas y las apretaron con demasiada fuerza.

Hyames agarró el hacha, y cortó una de las cuerdas. El calor de la sangre al correr por sus dedos nuevamente le hizo sentir cierto dolor, pero resultaba agradable.

Luego repitió la operación. En pocos momentos, notó que recobraba la fuerza y el tacto de nuevo.

—Bien, ahora usted, Kurt —dijo.

Hyames cogió el hacha nuevamente. Mowasch giró sobre sus talones para facilitarle la tarea. Hyames empezó a mover el filo con suaves movimientos de ascenso y descenso.

—En cuanto le haya soltado, le dejaré, Kurt —anunció.

—Si cree que va a dejarme solo aquí, está muy equivocado. Pienso pegarme a usted y no me separaré, hasta considerarme a salvo. Además, usted puede necesitarme, Sheldon.

—¿Por qué?

—Bueno, no tengo armas…, pero sí puños y créame, conozco unos cuantos trucos canallas, que se podrían aplicar en esta ocasión.

—Quizá no esté mal aplicar esos trucos —convino Hyames. Las cuerdas se cortaban ya. De pronto, Mowasch vio algo.

—Oiga, ahí está esa tapa de madera —dijo—. Debe de dar a un pozo y quizá nosotros podríamos…

—No levante la tapa, Kurt. De lo contrario, no va a poder dormir en mil días.

Mowasch se puso pálido.

—Este olor…

Pero las cuerdas ya habían saltado y tenía las manos libres. Volviéndose, ofreció una mano para que soltase el trozo de cuerda fuertemente enrollado en torno a la muñeca. Instantes después, Mowasch hacía ejercicios para activar la circulación de la sangre. Hyames se dirigía ya hacia la puerta de la estancia.

Mowasch se dispuso a seguirle. Instantes después vio que la puerta se abría y que Hyames retrocedía, con las manos en alto.

—¡Maldición, nos han atrapado!

Krapfer sonrió torvamente.

—Hemos llegado a tiempo —dijo.

Hyames apretó los labios. El revólver que sostenía Krapfer en la mano derecha le hizo desistir por el momento de oponer resistencia.

—Son listos —comentó Krapfer, después de una rápida mirada al hacha que yacía en el suelo.

Elizabeth entró a continuación. Ahora no se había molestado en adoptar el aspecto de Elena. Hyames observó que traía una bandeja en las manos, sobre la que se veía una copa llena de un líquido de color ambarino.

—Se han soltado. Augustus —dijo.

—Temo que les dimos poca cantidad de narcótico —respondió Krapfer—. Por fortuna, hemos llegado a tiempo.

—Oigan, ustedes tienen que soltarnos…

Krapfer cortó secamente la recién iniciada protesta de Mowasch.

—Cállese —ordenó—. Todavía tiene una posibilidad de conservar la vida.

Hizo una corta pausa y añadió:

—Exactamente, el cincuenta por ciento.

—¿Qué es lo que piensan hacer? —preguntó Hyames. Krapfer sacó una moneda del bolsillo.

—Cara, para usted, profesor. Cruz, para el amigo Kurt. El que gane, deberá vivir, cortando la cabeza al perdedor —anunció dramáticamente.

CAPÍTULO XVI

Mowasch lanzó un gemido de espanto. Hyames procuró mantener la serenidad. Debía conservar la calma; no sólo su vida, sino también la de Elena dependía de su comportamiento.

—¿Cómo sabe que el ganador cortaría la cabeza del otro? —preguntó.

—Es bien sencillo: beberá el contenido de esa copa y entonces obedecerá nuestras órdenes —respondió Krapfer.

Hyames recordó en el acto las dos decapitaciones de que había sido testigo. En ambas, Dehler había actuado como ausente, de un modo mecánico, sin dar señales de que estaba consciente de lo que hacía. Ya había pensado entonces que estaba drogado, pero lo que Krapfer acababa de decir corroboraba sus sospechas.

—Algunos han muerto de una manera horrible, sin merecerlo —dijo—. Por ejemplo, el pobre Stepan.

—Era el bufón de la condesa. Se negó a seguir participando en el juego.

—¿El bufón de la condesa? —Se sorprendió Hyames.

—Sí, el título y las propiedades corresponden a Elizabeth. Ella es la auténtica condesa.

Hyames se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que eso no tiene demasiada importancia —dijo—. Stepan, pese a todo, era una buena persona.

—Nos amenazó. No podíamos permitir que hablase.

—Ya… Pero ¿qué harán después? ¿Van a seguir siempre matando personas para que ella pueda saciar su insana sed de sangre humana?

—Encontraremos la diadema. Es muy valiosa. Elizabeth podrá curarse.

—Pobre Elizabeth —dijo Hyames burlonamente—. Cuando la diadema haya aparecido, usted la dejará plantada.

—¡No, nunca! —gritó ella—. Augustus me ama.

—Pero se ama más a sí mismo… y todo lo que ha hecho es para su propio beneficio. No sé por qué, pero abrigo la sospecha de que usted, Elizabeth, no ha sido más que una especie de escudo, tras el cual se ha protegido él en su siniestra labor.

La pistola se movió amenazadoramente.

—¡Cállese de una vez! —rugió Krapfer—. Lo que acaba de decir, le condena a morir decapitado. Usted, Mowasch, bébase el vino que hay en esa copa.

Hyames miró al individuo. Mowasch vacilaba.

—¡Le he dado una orden! —gritó Krapfer descompuestamente—. ¡Obedézcala!

—Un momento —dijo Mowasch—. No tengo inconveniente en rebanarle el pescuezo a este tipo, que ahora, de repente, resulta ser profesor…, pero si me gustaría saber qué es lo que van a hacer después conmigo.

—Yo se lo diré, Kurt —habló el joven, sin perder la serenidad—. Después de que me corte el cuello, lo tendrán encerrado aquí. Un día le cortarán también el cuello a usted, cuando encuentren una nueva presa… y entonces, su cuerpo, hecho trozos, irá a parar a ese pozo, como han ido ya los de unos cuantos desgraciados más.

Mowasch se cruzó de brazos.

—Ah, no, no, entonces, no cuenten conmigo —dijo, resuelto.

—Le mataré —aulló Krapfer.

—Y… ¿quién cortará luego el cuello del *profe*? ¿Usted?

Krapfer vaciló. Hyames decidió aprovechar la ocasión, para ver de distraer a la pareja.

—¿Por qué lo hacen? —preguntó en tono persuasivo.

—Ella… era muy pequeña… Residía aquí con su abuelo… Fue hija adulterina y nunca tuvieron con ella la consideración de una hija legitima… —Krapfer hablaba casi como un sonámbulo—. Pero siendo muy pequeña, vio esconder la diadema… Fue poco antes de que estallara la guerra… Luego sufrió un accidente y perdió parcialmente la memoria… Sabe que la diadema está aquí, pero no logra recordar el sitio donde la escondió su abuelo… si, el mismo abuelo de Elena…

—Entonces, son hermanas —exclamó Hyames—. No es su tía…

—La diferencia es de veintidós años… El padre de Elizabeth y su madre eran entonces muy jóvenes… Elena nació de otro matrimonio, muchísimo más tarde… El accidente alteró también la mente de Elizabeth…

—¿Y el apellido Károly?

—Era el de su madre.

Elizabeth estaba como ausente. Si, pensó Hyames, aquel accidente debía haber dañado su cerebro de un modo irreparable, pese a que no lo hubiese destruido de un modo absoluto…, pero Krapfer era un hipócrita; trataba de saciar los desviados instintos de Elizabeth para conseguir la diadema.

Quizá, incluso, la drogaba… o había inculcado en su mente la idea de que bebiendo sangre humana recobraría la memoria perdida.

—Bien, basta ya —cortó Krapfer—. Kurt, bébase el vino. Usted, profesor, arrodíllese frente al tajo.

La puerta de la estancia se abrió de repente y golpeó a Elizabeth, haciéndola trastabillar. La bandeja y la copa volaron por los aires.

—¡No, no lo consentiré! —gritó Elena de forma sorprendente.

Hyames se sentía estupefacto. ¿Cómo había conseguido Elena llegar hasta allí?

Vagamente, vio que la muchacha tenía sangre en la cadera derecha, pero casi en el acto, su atención se vio atraída por lo que sucedía frente a él.

Mowasch había reaccionado con singular rapidez. Saltó hacia Krapfer y le arrebató la pistola de un manotazo. Krapfer, a su vez, trató de quitársela, pero en aquel momento sonó un disparo.

Krapfer lanzó un aullido, a la vez que se tambaleaba como un beodo. Hyames, horrorizado, vio que un chorro, grueso como un pulgar, brotaba del cuello del individuo.

Elizabeth había caído al suelo y estaba a gatas, contemplando la escena con ojos morbosamente dilatados. De repente, Krapfer, pataleando espantosamente, se derrumbó sobre el pavimento.

Sonó un aullido de fiera. Krapfer, a pesar de estar caído, trataba de contener la hemorragia con las manos. Como si fuese una fiera salvaje, hambrienta, Elizabeth se arrojó sobre él, apartó sus

manos a viva fuerza y aplicó la boca ávida a la herida.

Mowasch se lanzó sobre la mujer, pero las fuerzas de Elizabeth parecían sobrehumanas y no soltaba su presa. Mowasch no encontró mejor solución que golpear a la mujer con el puño en una sien. Elizabeth perdió el sentido instantáneamente y rodó a un lado.

Hyames apartó la vista. El aspecto de Elizabeth, con la cara y el pecho manchados de rojo, era horripilante.

Krapfer había dejado ya de moverse. La herida, por su trayectoria, no habría resultado mortal, de no haber seccionado limpiamente la yugular.

Hyames reaccionó y fue hacia Elena, cuyo talle rodeó con un brazo. Luego la empujó suavemente hacia afuera.

—Será mejor que salgamos de este pozo de horror —dijo.

Elena cojeaba ligeramente. Todavía se sentía impresionada por lo sucedido, pero no tardó en recobrarse, con la ayuda de un par de tazas de café y un poco de licor.

—No entiendo cómo has conseguido soltarte —dijo Hyames.

Ella sonrió.

—Primero usé el gato, pero no contra la anilla, sino apoyándolo horizontal en la pared y colocando el soporte en uno de los eslabones. Así conseguí hacer saltar la cadena.

—¿Y el cinturón de hierro?

—Tú me traías comida, pero no había conseguido, ni de lejos, recobrar mi silueta habitual. Me costó un poco, incluso sangré en la cadera derecha, pero conseguí pasar a través del aro. Después, fui quitando argamasa, hasta ensanchar la abertura del calabozo…

Mowasch entró en aquel momento.

—He llevado a la señora Károly a su habitación —dijo—. Está, atada para mayor seguridad. ¿Cómo se avisa a la policía?

—Kurt, temo que deberá ir en coche hasta Oberwausser, por el camino viejo de los Tilos —dijo Hyames—. Dentro de poco, sin embargo, la condesa podrá cancelar sus deudas con la compañía de luz y la de teléfonos.

—¡Pero si no tengo dinero! —exclamó Elena—. A menos que venda la propiedad…

—Ésa no sería mala idea. En cuanto al dinero… Kurt, ande, vaya pronto a Oberwausser. Tráigase también un médico.

—Sí, señor.

Mowasch se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió y miró al joven sonriendo.

—*Profe*, usted debería ser de los nuestros —dijo. Hyames sonrió también. Mowasch desapareció.

—Sheldon, ¿de dónde sacas que voy a tener dinero, si no vendo antes la propiedad? —preguntó Elena.

Hyames se puso en pie.

—Ven conmigo —dijo.

Ella le siguió, todavía cojeando. Momentos más tarde, llena de estupefacción, tenía la diadema en sus manos.

—¿Cómo se te ocurrió, Sheldon? —Quiso saber.

Hyames se lo explicó. Elena, admirada, hizo unos gestos con la cabeza.

—Era el lugar más adecuado, el retrato de la condesa María —dijo—. Sheldon, yo sé que aquí han pasado cosas horribles, pero Elizabeth no es del todo culpable.

—No, Krapfer fue su genio malo —convino Hyames.

—Haré que la internen en un buen sanatorio psiquiátrico. Tal vez algún día cure de su horrible manía de…

Miró al joven. No se atrevió a pronunciar la frase: «Beber sangre».

—Sí, es una buena idea —convino él—. Y en cuanto yo haya despachado con la policía, me iré de aquí.

—¿Vas a dejarme sola? Ahora necesitaré ayuda, Sheldon.

Hyames sonrió.

—Bueno, nunca disgusta ayudar a una chica guapa —contestó.

—Sheldon, yo también tengo ganas de irme de aquí, viajar a un sitio donde no llueva, donde luzca el sol todos los días… donde pueda dejar esta horrible piel de vientre de pescado… Me iré en cuanto pueda, créeme.

Le miró con ternura y añadió:

—Pero no sola, por supuesto.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.